

HE VISTO LA LUZ

Testimonio real de un
regreso del más allá

Betty
J. Eadie

grijalbo



Biografía:

Betty J. Eadie, de sangre sioux por parte de madre, nació en 1942. Pasó su infancia en ambientes rurales y en una reserva india de Dakota del Sur y estudió en colegios católicos.

Es madre de ocho hijos, que le han dado otros tantos nietos.

Este libro está dedicado:

A la Luz, a mi Señor y Salvador Jesucristo, a quien debo todo lo que tengo. Él es el báculo que me sostiene, sin él, me caería.

A Joe, mi maravilloso esposo, que ha sido una “roca” humana de ánimo y fuerza.

A mis ocho hijos: Donna, Marie, Cheryl Ann, Glenn Allen, Cynthia Carol, Joseph Lee, Stewart Jeffery, Thomas Britton y Betty Jean, que son todos, la “sal” y el aroma de mi vida.

Y por último –en orden, que no en importancia- a mis ocho nietos: Kart Andrew, Jessica Elizabeth, Zachary Britton, Natalie Kathleen, Stephanie Leigh, Andrea Meggan, Jennifer Leanne y leona Marie.

Estos pequeños son las joyas de mi corona.

INDICE

Agradecimientos.....	4
Prólogo.....	5
La primera noche.....	8
La noche avanza.....	12
El Segundo día.....	15
Mi muerte.....	17
El túnel.....	21
En un abrazo de luz.....	21
Las leyes.....	27
Curación y muerte.....	30
Los telares y la biblioteca.....	34
El jardín.....	36
La fiesta de bienvenida.....	37
Mundos múltiples.....	39
La elección de un cuerpo.....	40
El borracho.....	43
Oración.....	45
El consejo de los hombres.....	47
La despedida.....	51
Mi regreso.....	52
Mi recuperación.....	56
Mi ángel especial.....	57

Agradecimientos

Mi mayor agradecimiento y amor a mi esposo. Sin su amor y su fe en mí, me hubiera sido prácticamente imposible escribir este libro. Él se encargó de la mayor parte del trabajo al ordenador a la vez que, con toda paciencia, me daba un curso acelerado. Después sin preocuparse por su ego, revisó mi manuscrito. Se conformó con cenas improvisadas y aceptó llevar sus camisas blancas un día de más, con tal que o tuviera tiempo libre para darle al teclado. Te quiero, cariño.

¡¡Gracias!!

Mi amor y agradecimiento a mi querida amiga Nancy Carlisle, cuyo corazón se desborda de amor no sólo por nuestro salvador sino por todas las personas que conoce. Fue Nancy quien me enseñó a expresar, sin inhibiciones, mi afecto. Me demostró su dedicación a los demás al acompañarme en mis conferencias, durante horas incontables, escuchando una y otra vez el relato de mi vivencia, sin fatigarse nunca y me dio ánimos siempre para seguir. Nancy fue la primera que me ayudó, en 1987, a poner los cimientos de este libro. Su fe en mí jamás flaqueó cuando desistí de aquellos primeros intentos para dedicarme de lleno a mi padre enfermo, antes de su muerte en julio de 1991.

Me siento verdaderamente en deuda con Jane Barfuss. Aquellas que, tras asistir a tres de mis charlas, escribió un relato de mi vivencia en el umbral de la muerte titulado "Mundo de Espíritus". Aquellas anotaciones han dado literalmente la vuelta al mundo. Como resultado directo de lo escrito por Jane, he conocido muchas personas maravillosas que me animaron a que terminara este libro y lo escribiera con mayor detalle.

Mi agradecimiento a Curtis Taylor, autor y redactor de Gold Leaf Press.

Sin su extraordinario talento y su enorme sensibilidad hacia lo espiritual, este libro no existiría en su forma presente.

Betty J. Eadie

Prólogo

Con la lectura de **He Visto la Luz** aprendí sobre las experiencias vividas en el umbral de la muerte más que en cualquier otro momento de mi vida, incluidos los diez años que he dedicado al estudio de esas vivencias del trance postrero y a las entrevistas mantenidas con niños y adultos que sobrevivieron a una muerte clínica. He visto la no es sólo la historia de la muerte de Betty Eadie en el quirófano y de su vuelta a la vida; es realmente una peregrinación por el significado de esta vida. Recuerdo a un chico joven que, tras sobrevivir a un paro cardíaco, dijo a sus padres: “Tengo un secreto maravilloso que confesaros: he estado subiendo una escalera hacia el cielo”. Aquel chico era demasiado joven para explicar lo que quería decir. Este libro contiene el mismo secreto maravilloso. No es un secreto sobre la vida tras la muerte, es un secreto acerca de la vida.

Una vivencia en el umbral de la muerte es, de hecho, una vivencia de la misma. Todos la tendremos a la hora de morirnos, ricos y pobres, asesinos y santos. Yo solía creer que, cuando morimos, sencillamente entramos en la oscuridad y terminamos nuestra existencia. Como médico de cuidados intensivos, había visto morir a muchos niños y adultos y nunca tuve razones para pensar de otro modo. Sólo después de que me tomé la molestia de preguntar a los que sobrevivían a una muerte clínica cómo había sido su experiencia supe que el proceso de la muerte es, a menudo, gozoso y espiritual. Al final de nuestras vidas no nos espera la oscuridad, sino una luz entrañable, una luz que, en palabras de un niño, “esta llena de cosas buenas”.

Las experiencias en el umbral de la muerte no se deben a la falta de oxígeno en el cerebro, ni a los medicamentos, ni a las tensiones psicológicas suscitadas por el miedo a la partida.

Casi veinte años de investigación científica demuestran que esas vivencias constituyen un proceso natural y normal. Incluso hemos localizado en el cerebro un área que nos permite experimentarlas. Esto significa que las vivencias en el umbral de la muerte son absolutamente reales y que no se trata de alucinaciones. Son tan auténticas como cualquier otra realidad humana; tan reales como las matemáticas, o como el lenguaje mismo.

Sólo han pasado ocho años desde que mi grupo de investigación en la universidad de Washington y en el Hospital Infantil de Seattle publicó esta información en las revistas de pediatría de la Asociación médica Americana. Aunque nuestras observaciones fueron compartidas por investigadores de todo el mundo, incluida la universidad de Florida, el Hospital Infantil de Boston y la universidad de Utrecht en los Países Bajos, la población en general todavía no las comprende del todo. Por desgracia, nuestra sociedad no ha aceptado aún los avances científicos que se han producido durante las dos últimas décadas en lo que se refiere a la comprensión del proceso de la muerte. Necesitamos desesperadamente reeducarnos en el hecho de que somos seres espirituales a la vez que máquinas biológicas. Muchos de los problemas de nuestra sociedad, incluida la crisis de las prestaciones sanitarias, el derecho a una muerte digna, el culto a la codicia que ha enviado nuestra economía a la bancarrota, la vergüenza

nacional de las mujeres y los niños sin hogar, todos derivan de la falta de comprensión de nuestra condición de seres espirituales, mutuamente dependientes unos de los otros.

He visto la Luz nos enseña que nuestras vidas individuales son importantes y están llenas de sentido. Nunca deja de impresionarme que quienes se adentraron en la luz de Dios al final de su vida vuelven con un mensaje bello y sencillo: “El amor es el bien supremo. El amor debe gobernar. Nosotros creamos nuestro entorno con los pensamientos que albergamos. Venimos aquí para que vivamos la vida en plenitud, en abundancia, para que encontremos placer en nuestras propias creaciones, experimentar el éxito y también el fracaso, utilicemos nuestro libre albedrío para enriquecer y engrandecer nuestras vidas”. Betty no vuelve de su muerte clínica con grandiosas pretensiones de constituir una nueva Iglesia ni de producir curas milagrosas de las enfermedades, sino con un sencillo mensaje de amor. El significado de las vivencias en el umbral de la muerte es algo que todos conocemos como verdadero pero que ya hemos olvidado: “Tenemos que amarnos unos a otros. Debemos ser buenos, tolerantes, generosos en nuestra ayuda”.

En realidad, este libro es un manual de las vivencias en el umbral de la muerte escrito a modo de relato sencillo y hermoso, comprensible para todos. Yo nunca he vivido una experiencia de muerte, ni siquiera una vivencia espiritual que pueda identificar como tal, y solía ser escéptico ante lo que muchas personas me comunicaban. Ciertamente, lo más difícil para el escéptico que quiere entender es la comprensión de lo que debe de ser encontrarse fuera del cuerpo físico o de cómo la muerte puede constituir una vivencia agradable. El libro de Betty Eadie ilustra las etapas de esta experiencia con una magnífica escritura que tiende un puente sobre el vacío; ella logra que lo insondable sea comprensible.

Cuando empezó a morir, sintió que su cuerpo se debilitaba cada vez más. Luego “me invadió una oleada de energía, una descarga o un desprendimiento en mi interior. Mi primera impresión fue de libertad. No había nada antinatural en la experiencia”. Después se encontró con espíritus de guardia, que le ayudaron a comprender hechos importantes relacionados con su vida y a entender su relación con la familia.

La asistieron en su transición hacia la muerte. Se adentró en la oscuridad y viajó por un túnel tenebroso. “Pensé que era allí donde se encuentra el valle de la sombra de la muerte -dice-. Nunca en mi vida había sentido mayor serenidad”. Su vivencia responde a las preguntas que la gente me ha planteado durante años acerca de las experiencias en el umbral de la muerte, preguntas que nunca he podido contestar.

Describe el examen de su vida al otro lado y como no fue juzgada por otros sino por ella misma. Explica el significado y las causas de algunas vivencias de muerte negativa y por qué determinadas personas se ven profundamente perturbadas por su experiencia. Explica por qué la vida es, con frecuencia, difícil y por qué suelen sucederle cosas malas a gente buena. Explica por qué personas que han muerto suelen ser reacias al regreso a su cuerpo. “El torpe peso y la frialdad del cuerpo resultaban aborrecibles -dice-. Después del gozo de la libertad espiritual, era de nuevo prisionera de la carne”.

Betty no tuvo la primera experiencia de la muerte en la edad adulta; estaba preparada para ella por una vivencia similar en su niñez. Los niños tienen vivencias de

muerdes sencillas y puras, no enturbiadas por expectativas religiosas o culturales. No reprimen su experiencia como suelen hacer los adultos, ni les es difícil aceptar las implicaciones espirituales del hecho de haber visto a Dios. Nunca olvidaré a una niña de cinco años que me dijo tímidamente: “Hablé con Jesús y era agradable. Me dijo que no era el momento para que me muriera.”. Los niños recuerdan sus vivencias en el umbral de la muerte mucho más que los adultos y, a resultas de ellas, parece serles más fácil aceptar y comprender su propia espiritualidad cuando crecen. Si llegan a tener una nueva vivencia en el umbral de la muerte ya de adultos, ésta suele ser excepcionalmente poderosa y plena.

Betty Eadie nos recuerda que la importancia de las experiencias en el umbral de la muerte reside en sus enseñanzas sobre la vida. Sólo en los últimos cientos de años hemos decidido que el hombre no tiene espíritu y que, por tanto, no hay vida después de la muerte. Ello ha generado directamente un temor antinatural frente a la muerte, que permea nuestras vidas y nos impide vivirlas plenamente. Betty nos enseña que el conocimiento de la espiritualidad de la muerte no nos lleva a un deseo de morir sino al deseo de vivir la vida con más plenitud. “Entonces supe que Dios existe –dice-. “Ya no me da miedo morir porque ahora sé un poco mejor de qué se trata”. No quería partir de nuevo, había aprendido que “la vida es para vivirla y la luz es para después”. Le pregunté de qué manera se sentía distinta tras su experiencia; ella calló largo rato y dijo: “Es bueno ser buena”.

He visto la Luz nos enseña la misma lección: “Si somos bondadosos, habrá alegría en nuestras vidas”. Betty preguntó a Jesús: “¿Por qué no he sabido todo esto antes?” U Él le dijo: “Antes de conocer la alegría, es preciso conocer la tristeza”. Esta sencilla afirmación ha cambiado mi modo de ver la vida- Era algo que yo ya sabía “antes”; de hecho, lo había oído toda mi vida. Después de leer el libro de Betty, me doy cuenta que mi propia vida ha sido cambiada por Él y que necesito volver a tomar contacto con verdades sencilla que siempre he sabido pero que he pasado por alto.

De niña, Betty estuvo en un internado para indígenas norteamericanos. A la entrada del colegio había un gran letrero que decía: “Cuando falta visión espiritual, la gente perece”. Nuestra sociedad ha perdido la noción de sus propias creencias y conceptos espirituales. Esto nos ha llevado directamente a la macabra confusión en la que hemos convertido la muerte, con pacientes que fallecen internados en hospitales en la fría compañía de máquinas, en vez de rodeados por sus familiares y amigos. Nos hemos olvidado de cómo morir, ya que ha dejado de formar parte de nuestras vidas normales. Al mismo tiempo, nos hemos olvidado de cómo vivir. Joseph Campbell, el gran mitólogo, declaró que muchos de nuestros problemas modernos, desde la drogadicción a la violencia urbana, provienen directamente de la falta colectiva de visión espiritual. Hemos olvidado que nuestras vidas cotidianas son espiritualmente significativas.

He Visto la Luz contiene un gran secreto. Es un secreto que ya conocemos. Es algo que los grandes profetas y líderes espirituales han intentado decirnos durante miles de años. Betty Eadie lo conoció en su trance de muerte. Este secreto tiene el poder de cambiar nuestras vidas.

Melvin Morse.
Dr. en Medicina

La primera noche

Algo iba mal. Joe, mi esposo, había abandonado la habitación del hospital hacía tan sólo unos minutos y yo me sentía dominada por un presentimiento. Me quedaría sola toda la noche, sola en vísperas de una de mis pruebas más aterradoras. Pensamientos de muerte empezaron a deslizarse en mi mente. Hacía años que no había tenido pensamientos de este tipo. ¿Por qué resultaban tan absorbentes ahora?

Era la tarde del 18 de noviembre de 1973. Había ingresado en el hospital para someterme a una histerectomía parcial.

Como mujer de treinta y un años y madre de siete hijos que, por lo demás, disfrutaba de una salud excelente, había decidido seguir el consejo de mi médico y operarme. Tanto Joe, mi marido, como yo misma nos sentíamos convencidos. Todavía opinaba lo mismo, pero había otra cosa que me molestaba ahora; algo no identificable.

Durante los años de nuestro matrimonio raras veces nos habíamos separado por la noche, y traté de reflexionar acerca de nuestra familia y de los lazos especialmente estrechos que nos unían. Aunque seis de nuestros hijos seguían en casa (una de nuestras niñas murió en la infancia del Síndrome de Muerte Súbita –La muerte súbita, consiste en el repentino fallecimiento de un individuo perfectamente sano. Es uno de los enigmas de la medicina, y puede afectar tanto a adultos como y sobre todo a bebés de pocos meses.), en ocasiones, nos costaba dejarlos. Incluso en nuestras “noches cita” nos quedábamos en casa y dejábamos que los niños planearan nuestra cita. A veces nos preparaban una cena con velas en el salón y un buen fuego en la chimenea.

Normalmente, la música era también la más adecuada, quizá no la que hubiéramos elegido nosotros pero, a pesar de todo, perfecta. Recordé la noche en que nos sirvieron una cena china en una mesita de café decorada, con unos grandes almohadones para sentarnos. Bajaron la intensidad de las luces, nos dieron un beso de buenas noches y, entre risitas, corrieron escaleras arriba. A Joe y a mí nos parecía haber encontrado un rinconcito de cielo sobre la tierra.

Pensé en lo afortunada que era al tener un compañero tan cariñoso y considerado como Joe. Había pedido vacaciones en el trabajo para estar conmigo antes de mi ingreso en el hospital, y planeaba pasar una semana más en casa durante mi convalecencia. Él y nuestras dos hijas mayores, de catorce y quince años, ya tenían prevista una maravillosa cena de Acción de Gracias.

Nuevos presentimientos me invadieron. Quizá fue la oscuridad de la habitación, la terrible oscuridad que había empezado a temer cuando era niña. O puede que estos sentimientos ominosos se debieran a otra experiencia, una que tuve en un hospital hacía años y que aún me llenaba de interrogantes y asombro.

Tenía cuatro años cuando mis padres se separaron. Mi padre solía decir que “casarse con una india en aquel tiempo era, probablemente, lo peor que un hombre blanco podía hacer”. Él era mitad escocés mitad irlandés y tenía el cabello rubio; ella,

una india soiux de pura sangre. Siendo la séptima de diez hijos, apenas tuve tiempo de conocer alguno de los dos antes de su separación. Mi madre volvió a la reserva y mi padre se fue a la ciudad con mis abuelos. Seis de nosotros fuimos internados en un colegio católico.

Durante aquel primer invierno en el internado sufrí una tos terrible y empecé a temblar incesantemente. Cuarenta chicas compartíamos una amplia habitación y recuerdo que una noche dejé mi cama para meterme en la de mi hermana, Joyce. Así, acostadas juntas, lloramos; yo por mi fiebre y ella porque temía por mí. Cuando una de las Hermanas pasó en una de sus rondas nocturnas, me descubrió y me llevó de vuelta a mi cama, que estaba húmeda, fría y empapada de mi sudor. Joyce no consiguió convencerla de mi enfermedad. Finalmente, a la tercera noche, me llevaron al hospital.

El médico me diagnosticó tos ferina y neumonía doble y pidió a la enfermera que avisara a mis padres. Recuerdo que le dijo que no creía que yo pasara de esa noche. Mientras yacía en cama abrasada de fiebre, entraba y salía de un estado de ensueño. En un momento sentí que unas manos tocaban mi cabeza y al levantar la vista vi a una enfermera agachada sobre mí. Pasó sus dedos por mi cabello y dijo: “No es más que una niña”. Nunca olvidaré la calidez que percibí en aquellas palabras. Me escurrí más al fondo de la cama y me sentí caliente y contenta. Sus palabras me dieron paz y cerré los ojos para dormirme otra vez.

Me desperté con las palabras del médico: “Es demasiado tarde. La hemos perdido”, y sentí como me cubrían la cabeza con las sábanas. Estaba confundida. ¿Por qué era demasiado tarde? Giré la cabeza e inspeccioné la habitación, hecho que no parecía extraño aunque mi rostro estuviera tapado por las sábanas. Vi al médico y a la enfermera de pie, al lado de la cama. Miré la habitación y noté que aparecía inundada por una luz más brillante que antes. La cama me pareció enorme y recuerdo que pensé: “Soy como un pequeño insecto oscuro sobre esta gran cama blanca”. Entonces, el médico se alejó y yo percibí otra presencia cerca de mí. De repente ya no yacía en la cama sino que me encontraba en los brazos de alguien.

Alcé la vista y vi un hombre, con una hermosa barba blanca, que me miraba. Su barba me fascinó. Parecía resplandecer con una luz radiante, una luz que provenía de la propia barba. Me reí y la toqué con mis manos, la enrosqué entre mis dedos. Me sentía perfectamente tranquila y feliz con él. Me mecía con suavidad y me acunaba en sus brazos y, aunque no sabía quién era, no quería dejarle ni por un momento.

“¡Respira otra vez!” gritó la enfermera, y el médico volvió corriendo a la habitación. Pero era una habitación distinta. Me habían llevado a otra, más pequeña y muy oscura. El hombre de la barba blanca había desaparecido. Tenía el cuerpo bañado en sudor y estaba asustada. El médico encendió la luz y me trasladaron de vuelta a la primera habitación.

Cuando mis padres llegaron, les dijeron que casi me habían perdido. Oía las palabras, pero aun así, no las entendía. ¿Cómo pude haberme perdido si había permanecido allí todo el tiempo? Sin embargo era bueno estar con mis padres de nuevo, con gente que me conocía de verdad y me quería, como el hombre de la barba blanca. Les pregunté quién era ese hombre y dónde se había metido, pero no entendían lo que les decía. Les conté lo del médico que decía que era demasiado tarde y como el hombre

con luz blanca en la barba vino y me abrazó, pero ellos no tenían respuestas. Nunca las tuvieron. Aquella vivencia sería mía para adorarla como un oasis de amor a lo largo de mi juventud. El recuerdo no ha variado nunca, y cada vez que me viene a la memoria siento la tranquilidad y la felicidad que experimenté en sus brazos.

Traté de evocar estos recuerdos ahora que la oscuridad invadía la habitación. Desde aquel período en que fui alejada de mis padres, me aterra la oscuridad. Ahora, de nuevo sola en la negrura, percibía una extraña sensación en la habitación. Parecía que la muerte danzaba a su alrededor. Llenó mis pensamientos, los atrapó. La muerte. La muerte y Dios. Los dos parecían eternamente ligados. ¿Qué me esperaba al otro lado? Si me muriese mañana, ¿qué me encontraría? ¿La muerte eterna? ¿La eternidad junta a un Dios vengativo? No estaba segura. Y ¿cómo era Dios? Sólo esperaba que no fuera como me habían enseñado en el internado, cuando era niña.

Todavía recuerdo los detalles del edificio de aquel primer colegio, con sus gigantescas paredes de ladrillo y sus habitaciones oscuras. Una valla metálica separaba el dormitorio de los chicos del de las chicas y otra valla recorría el perímetro del colegio. Estábamos aislados del mundo y lejos unas de los otros. Aún recuerdo aquella primera mañana, cuando mis hermanos fueron llevados a uno de los edificios mientras a mis hermanas y a mi nos conducían al otro. Nunca olvidaré el miedo en sus ojos cuando se volvieron para mirarnos por última vez. Creí que se me partía el corazón.

A nosotras nos llevaron a una pequeña estancia, donde las monjas nos desinfectaron con productos químicos y nos cortaron el cabello. Luego nos dieron un par de vestidos a cada una, de dos colores distintos para semanas alternas. Estos uniformes facilitarían la identificación de las escapadas. Nuestra hermana mayor, Thelma, a quien llamábamos Sis, fue separada de nosotras y enviada a otra habitación para chicas mayores. Aquella primera noche, Joyce y yo formamos en fila con las demás niñas y entramos marchando en la habitación, donde nos quedamos de pie al lado de nuestras respectivas camas hasta que la Hermana tocó un silbato. Entonces nos metimos rápidamente en cama, se apagó la luz y la puerta fue cerrada con llave desde el exterior. Me horrorizaba estar encerrada en aquella gran habitación a oscuras. Esperé atemorizada en las tinieblas hasta que finalmente -y por fortuna-me quedé dormida.

Cada domingo, todos los internos asistían a misa, hecho que nos ofrecía a mis hermanas y a mí la posibilidad de ver a nuestros hermanos al otro lado de la capilla. Cuando luchaba por abrirme paso entre el tropel de chicas para poder vislumbrar a mis hermanos aquel primer domingo, sentí un golpe en la cabeza. Me giré y vi un palo largo con una pelota de caucho en el extremo. Las Hermanas usaban este instrumento para corregir nuestro comportamiento en la iglesia, y ésta no fue sino la primera de las muchas veces que me tocó. Puesto que tenía dificultades para comprender el significado de las campanadas y cuando debía arrodillarme, me deban con el palo una y otra vez. A pesar de todo, sí que podía ver a mis hermanos y esto me merecía cualquier castigo con la pelota.

Allí nos hablaban de Dios y aprendí muchas cosas que nunca antes había tenido en consideración. Nos dijeron que nosotros -los indios- éramos infieles y pecadores y, naturalmente, me lo creí. Se suponía que las monjas eran especiales a los ojos de Dios, y supimos que estaban allí para ayudarnos. Con frecuencia pegaban a mi hermana Thelma con una vara de caucho y luego la obligaban a dar las gracias a la Hermana que lo había

hecho, so pena de recibir más golpes. Aquellas eran las servidoras elegidas de Dios —o eso creía yo— y por su causa empecé a temer a Dios inmensamente. Todo lo que aprendía acerca de Él intensificaba mi miedo. Parecía impaciente e irascible y muy poderoso, lo cual significaba que con toda probabilidad, me destruiría o me enviaría derecha al infierno el día del Juicio Final; o antes, si Le enojaba. Aquel dios del internado era un Ser que yo prefería no conocer nunca.

Miré el gran reloj de la pared. Sólo habían pasado unos minutos desde que Joe se marchó. Sólo unos minutos. La diminuta bombilla que había sobre el lavabo de mi habitación apenas despedía luz suficiente como para crear sombras negras, sombras que se prendían de mi imaginación como pesadillas del pasado. Mi mente debe estar sobre acelerada, pensé. Propulsada por el aislamiento, mi mente se disparaba por los tenebrosos corredores de los recuerdos. Debía controlarla si quería encontrar cierta paz o la noche resultaría infinita. Me acomodé e intenté hallar pensamientos más felices en mi pasado

Un rayo de luz empezó a brillar.

La Escuela de Formación India Brainard estaba dirigida por Metodistas Wesleyanos. Nunca olvidaré el gran rótulo que leí a la entrada del colegio, el primer día de mi estancia allí: “Cuando falta visión espiritual, la gente perece”. Como es natural, creí que el rótulo se refería a los indios y que, dado que se trataba de una escuela de formación, estábamos allí para ser formados en cómo ampliar nuestra visión. Esta idea fue, probablemente, reforzada por otros rótulos que veía en la ciudad, como: “Prohibida la entrada a indios y a perros”.

La Escuela de Formación India Brainard demostró ser una experiencia más positiva para mí que las anteriores. Disfrutábamos de un ambiente cálido y menos formal y a los maestros parecía gustarles estar cerca de los alumnos. Aprendí que Dios significaba cosas distintas para personas diferentes. En vez del Dios iracundo y vengativo que había conocido antes, aquellas personas nos hablaban de un Dios más venturoso, que se alegraba con nuestra felicidad. A menudo la gente exclamaba Amén y Aleluya en medio de nuestras oraciones.; necesité algún tiempo para acostumbrarme a sus repentinos explayamientos. Aunque reconocí que había distintas maneras de entender a Dios y de adorarle, aún esta convencida que Él era el Dios que me castigaría el día que me muriera y apareciera ante Su presencia.

Durante el verano asistía a iglesias luteranas y baptistas y, en ocasiones, al Ejército de Salvación. Por aquel entonces, la iglesia a la que asistía no parecía tan importante como el hecho de acudir a ella. Mi curiosidad por Dios aumentó a medida que maduraba, ya que reconocía que Él jugaba un papel primordial en mi vida. Pero no estaba segura de que papel era ni de qué manera me afectaría mientras crecía. Me acerqué a Él en mis oraciones para obtener respuestas, mas no parecía oírme. Era como si mis palabras se desvanecieran en el aire.

A la edad de once años reuní valor y pregunté a la directora de la escuela si realmente creía en la existencia de Dios. Pensaba que si alguien sabía, ese alguien sería ella. Pero, en vez de contestar a mi pregunta, me abofeteó y me preguntó cómo me atrevía a cuestionar Su existencia. Me ordenó que me arrodillara y que rezara pidiendo

perdón, cosa que hice. Pero ahora ya sabía que estaba condenada al infierno debido a mi falta de fe: había cuestionado la existencia de Dios. Ahora ya podía asegurar que nunca sería perdonada.

Avanzado aquel verano, volví a casa de mi padre y tuve una experiencia que me paralizó de miedo. Una noche, después de acostarme, abrí las cortinas de la ventana al lado de la cama y me quedé mirando las estrellas y las nubes pasajeras, algo que me había gustado hacer desde que era muy pequeña. De pronto, mis ojos captaron un rayo de luz blanca que bajaba de una nube y me quedé helada de miedo. Se movía de un lado para otro como si nos buscara a todos. Supuse que era el Segundo Advenimiento de Jesús y chillé con toda la fuerza de mis pulmones. Me habían dicho que Él vendría como un ladrón en medio de la noche y que se llevaría a los justos y quemaría a los malvados. Pasaron horas antes de que mi padre pudiera calmarme y me convenciera al fin, de que sólo había visto uno de los reflectores que anunciaban la llegada del carnaval a la ciudad. Era el primer reflector que veía en mi vida. Corrí la cortina y pasó bastante tiempo antes de que volviera a mirar las estrellas.

Mi búsqueda de la verdadera naturaleza de Dios continuó. Recuerdo que asistí a varias iglesias y memoricé muchas de las escrituras del Nuevo Testamento. Llegué a creer que cuando una persona muera, su espíritu permanece en la tumba, junto al cuerpo, hasta el día de la resurrección, cuando Cristo vendrá y los justos resucitarán con Él. Lo pensaba a menudo, siempre temerosa de mi propia muerte y de la oscuridad que la seguiría.

La noche avanza

Las cortinas de mi habitación en el hospital estaban cerradas. ¿Las había cerrado yo? Volví a mirar el reloj y casi me levanté para ver si estaba desconectado de la corriente. Parecí a que el tiempo no pasaba. Necesitaba hablar con alguien. Quizá viniera una enfermera para hacerme compañía; mejor aún, podría llamar a casa. Tendí la mano y cogí el teléfono. Instantes después sonó la llamada y contestó Dona, nuestra hija de quince años. Me pregunto de inmediato si me encontraba bien. Fue maravilloso percibir el tono de interés en su voz. Redije que todo iba bien, pero que me sentía un poco sola.

“Papá no está en casa todavía”, respondió. Mi ánimo decayó. Quería hablar con él desesperadamente. “¿Mamá? ¿Estás bien?”, preguntó y yo dije: “Sí, estoy bien”. Pero lo que quería contestar era: “¡Por favor, encuentra a tu padre y mándale de vuelta aquí! ¡Mándale de vuelta tan pronto como te sea posible!” Mi aprensión iba en aumento.

Pequeñas voces me llegaron a través del teléfono: “Quiero hablar con mamá” “¡Eh, dame el teléfono!” “¡Se lo diré a papá!” Los sonidos de mi hogar hicieron que me sintiera mejor. Pasé la media hora siguiente dando las buenas noches a todos y cada uno de mis hijos. Pero, cuando colgué, la soledad cayó de nuevo sobre mí como un manto. La habitación parecía más oscura, y la distancia entre el hospital y nuestra casa se me antojaba de un millón de kilómetros, en vez de la que media hasta el otro extremo de la ciudad. Mi familia era la vida misma para mí y su lejanía me asustaba, me dolía. Pero mientras pensaba otra vez en mis hijos y, naturalmente, en Joe, mi marido, empecé a sentirme mejor y en aquel momento nadie en el mundo entero me hubiera convencido

de que, en cuestión de pocas horas, no me importaría no volver nunca a casa con ellos; que, de hecho, estaría suplicando no regresar con ellos.

Siempre había pensado que mi marido y mis hijos sustituirían, eventualmente, a la familia que había perdido en mi niñez. Me había prometido a mí misma que, cuando me casara y formara mi propia familia, ellos constituirían mi interés primordial y mi refugio más importante. Me prometí que amaría a mi esposo y que estaría a su lado en lo bueno y en lo malo y que nuestros hijos podrían siempre contar con nuestra unión.

Cuando cumplí los quince, me mandaron a vivir con mi madre. Mi padre creía que una joven que empieza a madurar debería estar con su madre; ni con él ni en un internado. Mi madre también pensaba que ella necesitaba una canguro mientras trabajaba a jornada completa. Así que me sacaron del colegio y me quedé en casa para cuidar de mi hermana menor. Pasaba los días encerrada, y empecé a sentir lástima de mí misma cuando veía como los niños de los vecinos marchaban al colegio por la mañana y volvían por la tarde. Todavía no tenía una idea clara de lo que supondría para mí la educación cuando fuera mayor, pero sí sabía que me estaba perdiendo el compañerismo de los amigos y de mis hermanos y hermanas. Pronto empecé a pensar que mi única salida era que me casara y formar mi propia familia. Me parecía que mi vida estaba sujeta a necesidades ajenas y que se me escapaba el derecho a mi felicidad personal. Quería tener mi propia ropa, mi propia cama, mi propia casa. Quería un esposo en quien poder confiar, alguien que me amara siempre, pasara lo que pasara en nuestras vidas.

Así, no fue en absoluto extraño que me enamorara desesperadamente de un joven vecino y que me casara con él en la primavera siguiente. Mi padre estaba en contra, pero yo vivía con mi madre y ella nos apoyaba. Yo tenía quince años y era muy ingenua con respecto a las exigencias de una auténtica vida familiar. La falta de madurez de ambos y el hecho de tener objetivos completamente distintos en la vida terminaron con nuestro matrimonio al cabo de seis años. Mi sueño se había quebrado y mi alma tenía una herida que necesitaría mucho amor y paciencia para cicatrizar. Aún así, nunca me he arrepentido de aquel matrimonio, ya que me dio cuatro hermosos hijos. Primero dos niñas. Donna y Cheryl, y luego un niño, Glenn. La más joven, Cynthia, murió a los tres meses del Síndrome Infantil de Muerte Súbita.

Conocí a Joe en un baile, en la Navidad siguiente a mi divorcio. Estaba destinado en la base de las Fuerzas Aéreas de Otead, cerca de Reno, Nevada, donde yo vivía por aquel entonces. También Joe había afrontado un divorcio y, a medida que le conocía mejor, descubría que teníamos mucho en común. Su pasado era semejante al mío y él también quería una familia unida. Parecía que formábamos una buena pareja. Incluso mis hijos deseaban su compañía en casa, quizá más que yo misma al principio, y pronto llegó el momento de casarnos.

Desde el principio parecía demasiado bueno para ser verdad. Joe mostraba una ternura que yo nunca había conocido antes. Tenía infinita paciencia con los niños, aunque también la suficiente firmeza como para que respondieran a su amor. Siempre se peleaban por quién sería el primero en saludarle a la puerta cuando volvía a casa por la noche. Para ellos Joe fue “papá” desde el primer momento; en todos los sentidos.

Queríamos permanecer juntos y esto, añadido a nuestro propio proceso de maduración, es la sustancia que nos ha mantenido unidos a través de los años. A lo largo

de repetidas mudanzas y del proceso de adaptación en nuestras vidas simplemente nos comprometimos a que buscaríamos soluciones a los problemas y mantendríamos la familia unida por encima de todo. Nuestros deseos contemplaban primero a la familia y luego a nosotros mismos.

En julio de 1963 trasladaron a Joe a la base aérea de Randolph, en San Antonio, Texas. Era la época del comienzo de los ordenadores y Joe fue destinado a aprender programación informática. Durante los cuatro años que vivimos en Texas, di a luz a dos niños, Joseph Junior y Stewart Jeffery.

Vivíamos un sueño hecho realidad. Teníamos un coche nuevo y una casa nueva, con aire acondicionado y todo. A los niños no les faltaba ropa y yo podía quedarme en casa y cuidar de ellos. Me sentía realmente afortunado. La alegría y la seguridad que experimenta parecían distar una eternidad de los internados y de la soledad pasada en mi niñez y en mi matrimonio roto. Pero, aún así, sabía que algo faltaba.

Todavía rezaba, mas mi relación con Dios parecía distante y llena de temor. Sabía que Él, de vez en cuando, había contestado a mis oraciones, como después de mi divorcio cuando recé por Olguín cariñoso y paciente que me ayudara a criar a mis hijos, él me condujo, literalmente, hasta Joe. Creía que Dios era real y que amaba a sus hijos -a pesar de ser declaradamente vengativo-, pero no tenía idea de cómo incorporar aquel amor en mi vida ni de cómo compartirlo con mis hijos. Joe y yo hablamos del tema y le sugerí que empezáramos a asistir a una iglesia. No se puede decir que mi planteamiento le entusiasmar, sobre todo debido a experiencias pasadas que le habían decepcionado con respecto a la religión. Yo respetaba su postura, pero seguía buscando la forma de aportar un mayor sentido de fe religiosa a nuestra familia. Asistimos a algunas iglesias locales que nos dejaron insatisfechos y, pasado un tiempo, abandoné el proyecto. Mis creencias acerca de la religión permanecerían inciertas durante muchos años.

La enfermera entró en mi habitación e interrumpido el ritmo de mis pensamientos. Traía un vasito con pastillas somníferas, pero las rechacé por mi aversión a prácticamente cualquier tipo de medicación. Mi miedo a los medicamentos se remontaba a un pasado muy remoto y raras veces tomaba ni siquiera una aspirina, prefería echarle un pulso a un fuerte dolor de cabeza o a una enfermedad. La enfermera salió de la habitación y volví a reunirme con mis pensamientos. En la total soledad de la noche me concentré en la intervención quirúrgica de la que sólo me separaban unas horas. ¿Iría todo bien? Había oído muchas historias de gente que muere en la mesa de operaciones. ¿Sería yo una de ellas? Mi mente se llenó de imágenes de cementerios. Invoqué escenas de lápidas y de cruces colgadas del cuello de esqueletos enterrados en féretros. Empecé a preocuparme por la Extremaunción algo de lo que había oído hablar en mi juventud. Intenté comprender por qué los muertos llevaban una cruz. ¿Acaso para mostrar a Dios que eran santos? ¿O eran pecadores que necesitaban ser protegidos de los demonios del infierno? Fui presa de una tristeza mayor; la oscuridad tiraba de mí y alcancé el botón para llamar a la enfermera.

“¿Tiene alguna de aquellas pastillas a mano?”, le pregunté cuando entró. Me miró desconcertado por un momento, pero me trajo las pastillas. Las tomé y le di las gracias mientras ella apagaba las luces y cerraba la puerta. Pasó un rato antes de que sintiera sueño y finalmente recé mis oraciones y me quedé dormida.

El Segundo día

Pronto llegó la mañana, la luz del sol se escurría entre las cortina. La operación estaba programada para el mediodía. Podía despertarme y esperar durante horas o disfrutar del lujo de dormir hasta tarde. Todavía me sentía aturdida debido a los somníferos, o quizá estuviera agotada por el miedo y la ansiedad de la pasada noche. Ahora, con la luz de la mañana que iluminaba la habitación, me relajé y empecé a recordar la última vez que me encontré en un hospital. Mis temores de la noche anterior eran nimios en comparación con los de aquel momento. Al menos, esta vez sabía lo que se suponía que debía pasar.

Joe se retiró de las Fuerzas Aéreas en 1967 y consideramos distintas opciones para su incorporación a una actividad civil. Los ordenadores se estaban convirtiendo en una industria específica y su formación le cualificaba para iniciar una nueva carrera prácticamente en cualquier campo que deseara. Todo lo que debíamos decidir era en qué parte del país preferíamos vivir. Finalmente optamos por trasladarnos al noroeste del Pacífico, donde Joe ocuparía un cargo en una gran corporación aeroespacial. Pensábamos que el clima sería un contraste agradable con el tiempo seco y caluroso al que nos habíamos acostumbrado en Texas.

Además, estaríamos cerca de mi padre y de su mujer, que también vivían en noroeste.

Poco después de instalarnos me quedé embarazada de nuestro séptimo hijo. No deseábamos una sorpresa de este tipo. Pensábamos que ya teníamos todos los hijos que podríamos cuidar adecuadamente –cinco niños vivos- y habíamos tomado precauciones para evitar un nuevo embarazo. Los seis anteriores habían debilitado mi cuerpo y los doctores desaconsejaban un nuevo hijo.

Al tercer mes empecé a sufrir fuertes dolores y hemorragias. Los médicos me dijeron que estaba expulsando tejido fetal. Debido a ello y a otras complicaciones, estaban seguros de que pronto tendría un aborto. Bajo continuas hemorragias, fui admitida en el hospital por una semana. Esperábamos que mi cuerpo eliminara de forma natural el feto dañado. Pronto se hizo evidente que la gestación no iba a interrumpirse y uno de los médicos me sugirió que considerara un aborto intencionado. Él opinaba que, si el embarazo llegaba a término, con toda probabilidad el bebé nacería privado de ciertas partes de su cuerpo. Yo no tenía razones para ponerlo en duda. Una vez hube hablado de ello con Joe, decidimos que me sometería a la operación.

El día anterior al aborto programado, me hallaba en el hospital para ser examinada por otro equipo médico y ellos estuvieron de acuerdo en que prosiguiéramos según lo planeado. Cuando el último médico pasaba por mi lado para salir de la habitación, dijo: “No entendemos por qué el pequeñín se resiste a salir”. Sentí que me recorría un escalofrío y me asaltó un pensamiento: “No lo hagas. Debes tener este niño. Quiere venir al mundo”.

Cuando Joe acudió a visitarme en el hospital aquella tarde, le expliqué lo que los médicos habían dicho y le conté mi sensación de que el niño debería nacer. Hablamos de continuar con el embarazo y tener un hijo deforme. Ninguno de los dos quería

hacerlo, pero yo sabía que ya no podría vivir en paz si abortaba. Joe estuvo de acuerdo en que debíamos tenerlo y más tarde, por la noche, nos reunimos con los médicos y les explicamos nuestro sentir. Fueron categóricos. Yo debía abortar el feto dañado. Dijeron que ningún profesional aprobaría la continuación de este embarazo y que ellos, por descontado, no estaban dispuestos a alentarlos.

Al día siguiente me dieron de alta del hospital y empecé a buscar un médico que aceptara mis condiciones. Finalmente, encontré uno joven que acababa de iniciar la práctica privada tras varios años en las Fuerzas Aéreas. Se sentía próximo a Joe debido a su pasado común y decidió aceptarme como paciente. Creía que el niño tenía algunas posibilidades de vivir, pero él también temía que naciera deforme. Me mandó guardar cama y me dio una lista de instrucciones que debía seguir.

Joe y los niños me sustituyeron en las tareas de casa y yo empleé el tiempo en cursos de estudios para terminar mi educación superior. A medida que los meses transcurrían y se acercaba velozmente la fecha del parto, me sentía cada vez más asustada. Preparamos a los niños ante el eventual desenlace de un hermano deforme, posiblemente sin ciertas partes de su cuerpo, o de que muriera. Joe y yo tratamos de consolarnos y recordamos a menudo mis impresiones cuando oí las palabras del médico: “El pequeñín se resiste a salir”. En aquella época, los hospitales no permitían la presencia de los padres en la sala de partos y pensar en afrontar el nacimiento de este niño sin Joe a mi lado me aterrorizaba. Aunque el personal del hospital aceptó que Joe estuviera conmigo durante el parto, les preocupaba su posible reacción ante el acontecimiento.

Le dijeron que, si se desmayaba o se mareaba durante el alumbramiento, su primera responsabilidad sería para conmigo. Le pidieron que firmara una declaración que les eximiera de toda responsabilidad hacia él.

Comenzaron las contracciones e ingresé en el hospital el 19 de julio de 1968. Tenía tanto miedo que mi cuerpo temblaba descontrolado. Joe se quedó a mi lado en la sala de partos, cogía mi mano y me acariciaba la cabeza. Llevaba una bata verde y una mascarilla blanca, como los médicos. Su mirada, entre azul y gris, trataba de reconfortarme, pero sabía por el continuo inflar y desinflar de la mascarilla que estaba tan aterrorizado como yo. Cuando se aproximó el momento del nacimiento, nos estrechamos las manos con fuerza.

En el momento de salir el niño, observé los ojos del médico. Supe de inmediato que los meses de temor y angustia habían sido infundados. Puso el bebé sobre mi estómago para que yo pudiera cogerlo y Joe y yo lo examinamos rápidamente de pies a cabeza. Empezamos a llorar. Nuestro hijo era tan sano y tan perfecto como cualquier otro. Cuando le abracé supe que este niño estaba realmente destinado para mí y que tenía un intenso deseo de nacer.

Aunque no hubiese cambiado mi decisión por nada en el mundo, el embarazo dejó huellas en mi cuerpo. En los años posteriores aparecieron problemas múltiples y el médico sugirió que me sometiera a una histerectomía. Después de considerarlo y comentarlo con Joe exhaustivamente, decidí seguir la recomendación médica y fijamos la fecha de la intervención.

Ahora, la mañana de la operación, una nueva enfermera entré y de despertó. Venía a ponerme una inyección que me dormiría antes de pasar al quirófano. Me divirtió que me despertara para volver a dormirme. Probablemente me hubiera reído, pero ya sentía la droga que recorría mis venas y esparcía su calor por todo mi cuerpo. El médico debió de entrar en aquel momento porque oí su voz decir: “¿Está lista?” Luego todo se hizo negro.

Cuando recobré algo de sentido ya era por la tarde. Mi médico estaba al lado de la cama, decía que la operación había sido un éxito y que pronto me sentiría bien. Recuerdo que pensé: “Estupendo. Ahora ya puedo descansar tranquila y dejar de preocuparme por la intervención”. Y volví a quedarme dormida.

Por la noche me desperté y miré a mi alrededor. Aunque estaba en una habitación doble, me encontraba sola. La otra cama se hallaba vacía. La habitación tenía una decoración agradable y un papel pintado a vivas rayas naranja y amarillo. Llamativo, pensé, pero alegre. Observé dos mesitas de noche, dos armarios, un televisor y una gran ventana cerca de mi cama. Había pedido una ventana porque padecía claustrofobia desde que era niña. Afuera estaba oscuro y la única luz en la habitación era la bombilla de noche sobre el lavabo, al lado de la puerta. Llamé a la enfermera y pedí un poco de agua. Me dijo que me habían suministrado trocitos de hielo desde primeras horas de la tarde, pero yo no recordaba nada de ello.

También dijo que mi marido y unos amigos habían venido a visitarme, pero tampoco recordaba haberles visto. Sin embargo, sí era consciente de mi maquillaje estropeado y me disgustaba que alguien me viera sin que yo lo supiera. Además, estaba lo de mi camisón; mirando hacia abajo, comprobé que apenas cubría lo esencial. Debería hablar con Joe sobre esa idea de que entraran sus amigos.

A las nueve, la enfermera me trajo la medicación nocturna. Excepto un poco de dolor consecuencia de la operación, me sentía bien. Tomé las píldoras y me acomodé para mirar un poco la televisión antes de dormir. Debí de quedarme algo transpuesta, porque cuando volví a mirar el reloj eran las nueve y media; de repente me sentí mareada y experimenté la súbita necesidad de llamar a Joe. Encontré el teléfono y, de alguna manera, conseguí marcar. No recuerdo la conversación; empecé a sentirme tan cansada que lo único que quería era dormir. Logré apagar el televisor y me cubrí con la manta hasta el cuello. Empezaba a sentirme helada hasta los huesos y más débil que nunca.

Mi muerte

Debí adormecerme de nuevo, pero no por mucho tiempo, porque el reloj parecía marcar todavía las nueve treinta. Luego, de pronto, me desperté con una sensación extrañísima. De alguna forma, mis instintos me avisaban de un peligro inminente. Miré la habitación en torno mío. La puerta aparecía semicerrada. La pequeña bombilla sobre el lavabo, al lado de la puerta, seguía encendida. Me sentí presa de un estado de alerta y de un temor que iba en aumento. Mis sentidos me decían que me hallaba sola y podía comprobar que mi cuerpo se encontraba cada vez más débil.

Traté de alcanzar el cordón que colgaba cerca de la cama, en un intento de avisar a la enfermera. Pero, por mucho que lo intentaba, no lograba moverme. Experimenté una terrible sensación de hundimiento, como si las últimas gotas de mi sangre estuvieran siendo drenadas de mi cuerpo. Oí un leve zumbido en la cabeza y me hundi cada vez más, hasta que sentí mi cuerpo inmóvil y sin vida.

Luego, una oleada de energía me recorrió. Era casi como si experimentara una descarga o desprendimiento en mi interior y mi espíritu salió repentinamente de mi pecho y se elevó hacia lo alto, como atraído por un imán gigante. Mi primera impresión fue de libertad. No había nada antinatural en la experiencia. Me encontraba por encima de la cama, suspendida cerca del techo. La sensación de libertad no tenía límites y parecía que siempre había estado así. Giré y vi un cuerpo que yacía sobre la cama. Sentí curiosidad por saber quién era e, inmediatamente, empecé a descender hacia él. Mi experiencia como enfermera diplomada me había familiarizado con el aspecto de los cuerpos muertos y, al acercarme a su rostro, en seguida me di cuenta que estaba sin vida. Y luego supe que el cuerpo era el mío. Aquel cuerpo sobre la cama era el mío.

No me sorprendí ni me asusté; sólo sentí cierta simpatía por él. Parecía más joven y más bonito de lo que yo recordaba y ahora estaba muerto. Era como si me hubiese quitado una prenda usada y la hubiese dejado de lado para siempre, cosa triste porque todavía era buen, aún se le podía dar mucho uso. Hasta aquel momento nunca me había contemplado en tres dimensiones; sólo me había mirado en espejos y superficies planas. Pero los ojos del espíritu ven más dimensiones que los ojos del cuerpo mortal. Contemplé mi cuerpo desde todos los ángulos a la vez: por delante, por atrás y por los lados. Vi aspectos de mis facciones que nunca antes había conocido y que hacían más plena y completa mi perspectiva. Tal vez se debiera a ello que en un principio no me reconociera.

Mi cuerpo actual era ingrávito y extremadamente móvil, me fascinaba mi nueva existencia. Tan sólo unos momentos antes aún sentía el dolor de la operación, pero ahora no experimenta incomodidad alguna. Estaba entera en todos los sentidos; perfecta. Y pensé: “Así soy en realidad”.

Presté atención al cuerpo. Sabía que nadie se había percatado de mi muerte y sentí la necesidad de decírselo a alguien. “¡Estoy muerta –pensé- y aquí nadie lo sabe!” Pero, antes de que pudiera moverme, tres hombres aparecieron de súbito a mi lado. Vestían hermosos hábitos color castaño claro y uno de ellos llevaba la parte posterior de su cabeza cubierta por un capuchón. Los tres ceñían el talle con cinturones trenzados en oro que colgaban por los extremos. Emanaban una especie de resplandor no especialmente fuerte, y entonces aprecié que mi propio cuerpo despedía una suave luminiscencia y que la luz se había fundido en torno nuestro. No sentía miedo.

Los hombres parecían tener unos setenta y ochenta años, pero intuía que la medida de su tiempo era distinta a la terrena. Pronto comprendí que eran mucho mayores de los setenta y ochenta años aparentes; que eran ancestrales. Percibía gran espiritualidad, conocimiento y sabiduría en ellos. Creo que se me aparecieron vestidos con hábitos para evocar la sensación de esas virtudes. Empecé a considerarles como monjes –sobre todo debido a sus hábitos- y sabía que podía confiar en ellos. Entonces me hablaron.

Habían estado conmigo durante “eternidades”, dijeron. No acababa de entenderlos; ya me costaba concebir la idea de una eternidad, eternidades era excesivo. Para mí, la eternidad se situaba siempre en el futuro, pero aquellos seres dijeron que habían estado conmigo durante eternidades, en el pasado. Esto era más difícil de comprender. Entonces empecé a visualizar imágenes mentales de un tiempo muy lejano, de una existencia previa a mi vida en la tierra, de mi relación con esos hombres “antes”. Cuando aquellas escenas se desplegaron en mi mente supe que verdaderamente nos conocíamos durante “eternidades”. Me excité. El hecho de una vida anterior a la terrenal cristalizó en mi mente y comprendí que, en realidad, la muerte era un “renacimiento” a una vida superior, capaz de un entendimiento y unos conocimientos que abarcaban tanto el futuro como el pasado.

Y supe que aquellos eran mis mejores amigos en esa vida superior y que habían elegido estar conmigo. Me explicaron que ellos junto con otros, habían sido mis ángeles de la guarda durante mi vida en la tierra. Pero sentía que los tres eran especiales, que eran también mis “ángeles custodios”.

Dijeron que yo había muerto prematuramente. De algún modo, me comunicaron una sensación de paz y me pidieron que no me preocupara, que todo iría bien. Al percibir aquella sensación, sentí su profundo amor y su interés. Aquellas impresiones y otros pensamientos me eran comunicados de espíritu a espíritu, de inteligencia a inteligencia. En un principio creí que usaban palabras, pero era porque estaba acostumbrada a que la gente “hable”. Ellos se comunicaban con mucha más rapidez y plenitud, de un modo al que se referían como “conocimiento puro”.

La palabra más afín que tenemos para definirlo es telepatía, pero ella tampoco describe el proceso entero. Yo sentí sus emociones y sus intenciones. Sentía su amor. Experimentaba sus sentimientos. Y eso me llenaba de alegría, porque me querían mucho. Mi lenguaje anterior, el lenguaje de mi cuerpo, resultaba verdaderamente limitado y descubrí que mi anterior capacidad para expresar sentimientos era casi inexistente, comparada con aquella aptitud del espíritu para comunicarse de esa forma pura.

Había muchas cosas que querían compartir conmigo y que yo deseaba compartir con ellos, pero todos sabíamos que en aquel momento otro asunto tenía prioridad. De repente recordé a mi marido y a mis hijos y me preocupó de qué forma les afectaría mi muerte. ¿Cómo cuidaría mi marido de seis niños? ¿Cómo se desenvolverían ellos sin mí? Tenía verdadera necesidad de verles otra vez, al menos para calmar mis propias preocupaciones.

Mi único pensamiento fue abandonar el hospital y reunirme con mi familia. Tras tantos años deseando una familia, esforzándome por mantenerla unida y ahora temía perderla. O, quizá, temía que ellos me perdiera a mí.

Inmediatamente empecé a buscar una salida y reparé en la ventana. La atravesé rápidamente y salí al exterior. Pronto aprendería que no me hacía falta utilizar una ventana, que podía haber salido de la habitación por un punto cualquiera. Fue sólo la supervivencia de los pensamientos (y, por lo tanto, limitaciones) mortales lo que me impulsó a usar la ventana. Se me ocurrió que me encontraba en “modalidad lenta”,

puesto que aún pensaba en términos de cuerpo físico cuando, de hecho, mi cuerpo espiritual podía atravesar cualquier superficie antes infranqueable para mí. La ventana estuvo cerrada en todo momento.

Mi viaje hacia casa fue borroso. Ahora que sabía que podía hacerlo, empecé a desplazarme a una velocidad tremenda y sólo era vagamente consciente de los árboles que se precipitaban debajo de mí. No tomé decisiones, no me di instrucciones, sólo pensé en mi hogar y supe que me dirigía hacia allí. Al cabo de un momento me encontraba delante de casa y entraba en la sala de estar.

Vi a mi marido, que leía el periódico sentado en su sillón. Vi a mis hijos, que corrían escaleras arriba y abajo, y supe que se preparaban para dormir. Dos de ellos estaban enzarzados en un batalla de almohadas, como acostumbraban hacer a la hora de acostarse. No deseaba comunicarme con ellos, aunque me preocupaban sus vidas sin mí. Mientras les observaba individualmente, una especie de adelanto de lo que les sucedería se proyectó en mi mente y me permitió ver sus vidas futuras. Llegué a saber que mis hijos se encontraban en la tierra para adquirir su propia experiencia que me había equivocado al considerarles “míos”.

Eran espíritus individuales, lo mismo que yo, con una inteligencia ya desarrollada antes de su vida terrena. Cada uno de ellos disponía de su libre albedrío para vivir su vida como deseaba. Sabía que el libre albedrío no es sería negado. Tan sólo les habían puesto bajo mi tutela. Aunque ya no las recuerde, supe que mis hijos tenían sus propias “agendas” en la vida y que, después de cumplirlas, su estancia terrenal también terminaría. Vi de antemano algunos de sus problemas y dificultades, pero sabía que serían precisos para su evolución. No había necesidad de temor ni de tristeza. Al final, ellos estarían bien y sabía que sólo transcurriría un breve instante antes de encontrarnos todos juntos de nuevo. Nadaba en un mar de serenidad. Mi marido y mis hijos amados, esta familia que durante tanto tiempo había ansiado, estarían bien. Sabía que seguirían adelante, de modo que yo también podía hacerlo.

Me sentía agradecida por aquel entendimiento e intuía que se me permitía alcanzarlo para que fuera más fácil mi transición por la muerte.

Ahora me llenaba el deseo de proseguir mi propia existencia y conocer todo lo que me aguardaba. Fui otra vez atraída hacia el hospital, pero no recuerdo el recorrido pareció suceder de forma instantánea. Vi mi cuerpo que todavía yacía en la cama, casi un metro por debajo de mí y ligeramente a la izquierda. Mis tres amigos seguían allí, me esperaba. Volví a sentir su amor y la alegría que experimentaban al ayudarme.

Mientras su amor me colmaba supe, de alguna manera, que había llegado el momento de seguir adelante. También supe que mis queridos amigos, los monjes, no irían conmigo.

Empecé a percibir algo parecido a una ráfaga.

El túnel

Cuando se está en presencia de una energía grandiosa, se sabe. Yo lo sabía. Un profundo sonido atronador empezó a invadir la habitación. Percibía la fuerza oculta tras él, un movimiento que parecía implacable. Pero, aunque el sonido y la fuerza fueran terribles, volví a sentirme invadida por una sensación placentera, casi hipnótica. Oí el redoble de distantes campanas que repiqueteaban a lo lejos, un sonido hermoso que nunca olvidaré. Mi ser empezó a verse envuelto en oscuridad. La cama, la luz, junto a la puerta y la habitación entera parecían apagarse y, de inmediato, me vi suavemente atraída hacia lo alto, hacia el torbellino de una gran masa negra.

Me sentí engullida por un enorme tornado. No podía ver nada más que la densa oscuridad, casi tangible. La oscuridad era más que la falta de luz; era una espesa negrura distinta a cualquier cosa previamente conocida. El sentido común me decía que debería estar aterrorizada, que todos los fantasmas de mi juventud deberían haber resucitado, pero en el interior de aquella masa negra experimentaba una sensación de calma y bienestar profundamente placentera. Sentí que avanzaba a través de ella y el sonido voraginoso se fue apagando.

Me encontraba en posición reclinada, me desplazaba con los pies hacia delante y la cabeza levemente alzada. La velocidad llegó a ser tan increíble que ni años luz serían capaces de medirla. Pero también la paz y la tranquilidad aumentaron y sentía que podía permanecer en aquel estado maravilloso para siempre y sabía que, si yo lo deseaba, así sería.

Advertí que había otras personas y también animales que viajaban conmigo, aunque a cierta distancia. No podía verles pero intuía que su experiencia era similar a la mía. No percibía lazo personal alguno con ellos y sabía que no suponían ninguna amenaza, de modo que pronto me olvidé de ellos. Sí que noté, sin embargo, que algunos no avanzaban como yo sino que se quedaban en la negrura prodigiosa. No deseaban o, sencillamente, no sabían cómo proseguir. Pero no había nada que temer.

Experimenté una sensación balsámica. Aquella masa de alegre torbellino estaba colmada de amor, yo me hundí en la profundidad de su negrura y su calor y me regocijé en mi paz y en esa seguridad. Pensé: “Debe de ser aquí donde se encuentra el valle de la sombra de la muerte”.

Nunca en la vida había sentido mayor serenidad.

En un abrazo de luz

Vi un puntito de luz en la distancia. La masa negra que me rodeaba empezó a adquirir la forma de un túnel, yo lo atravesaba a una velocidad aún mayor y me precipitaba hacia la luz. Me sentía instintivamente atraída hacia ella, aunque sabía de nuevo que otros podrían no serlo. Al acercarme percibí en su centro la figura de un hombre de pie que irradiaba luz a su alrededor.

A menor distancia, la luz se hizo más brillante –con un brillo más allá de toda descripción; más brillante que el sol- y supe que los ojos terrenales en su estado natural no podrían contemplar aquella luz sin ser destruidos. Sólo los ojos espirituales eran capaces de soportarla y de apreciarla. A medida que me aproximaba a ella, comencé a adoptar una posición erguida.

Ví que la luz de su contorno inmediato era dorada, como si su cuerpo entero tuviera un halo de oro a su alrededor, y podía discernir que el halo dorado destellaba en todas las direcciones y se abría en una magnífica y resplandeciente blancura que se extendía a bastante distancia. Sentí que su luz se fundía literalmente con la mía y que mi luz era atraída por la suya. Era como si hubiese dos lámparas en una habitación ambas encendidas y su luz se fundiera en una.

Resulta difícil distinguir dónde termina una y dónde empieza la otra; sencillamente, vienen a ser una. Aunque su luz era mucho más brillante que la mía, yo sabía que también mi luz nos iluminaba. Con la fusión de nuestras refulgencias me sentí como si me hubiese unido a su semblante y experimenté una suprema explosión de amor.

Era el amor más incondicional que he sentido nunca y, al verle abrir los brazos para recibirme, me fui a él y recibí su gran abrazo y repetí una y otra vez: “Estoy en casa. Estoy en casa. Finalmente, ya estoy en casa”. Sentí Su espíritu infinito y supe que siempre había formado parte de Él, que, en realidad, nunca me había alejado de Él. Y supe que era merecedora de Su presencia, de Su abrazo. Sabía que Él conocía todas mis faltas y mis pecados, pero que, en aquel momento, no tenían importancia. Él sólo quería abrazarme y compartir Su amor conmigo, y yo quería compartir mi amor con Él.

No cabía duda de quién era. Sabía que Él era mi Salvador, mi amigo y mi Dios. Él era Jesucristo, que siempre me había amado, incluso cuando yo pensaba que me odiaba. Él era la misma vida, el mismísimo amor, y Su amor me llenaba de alegría hasta desbordarme. Sabía que Le conocía desde el principio, desde mucho antes de mi vida terrenal, porque mi espíritu Le recordaba.

Toda mi vida Le había temido y ahora veía –sabía- que Él era el mejor de todos mis amigos. Dulcemente abrió Sus brazos y me dejó dar un paso atrás, lo suficiente para que le mirara a los ojos, y me dijo: “Tu muerte ha sido prematura; todavía no ha llegado tu hora”. Nunca palabras pronunciadas me habían penetrado más que aquéllas. Hasta entonces, yo no había tenido un propósito en la vida; tan sólo iba de aquí para allá en busca de amor y bondad, pero sin saber nunca si mis acciones eran realmente correctas. Ahora, a través de Sus palabras, percibí una misión, un propósito; no sabía lo que era, pero sí que mi vida en la tierra no había carecido de sentido.

Todavía no había llegado mi hora.

Ésta llegaría cuando se hubiera cumplido mi misión, mi propósito, mi sentido en esta vida. Tenía una razón de existir en la Tierra. Pero, aunque lo comprendía, mi espíritu se rebeló. ¿Quería eso decir que debería volver? Le dije: “No, ahora ya no Te podré dejar nunca.”

Él comprendía lo que quería decir y Su amor y Su aceptación por mí no flaquearon ni por un momento. Mis pensamientos seguían lanzados: “¿Es este Jesús, Dios, el Ser que he temido toda mi vida? No se parece en nada a lo que yo pensaba. Está lleno de amor”.

Luego, empezaron a surgir las preguntas. Quería saber por qué había muerto de aquel modo; no porqué mi muerte había sido prematura sino cómo pudo mi espíritu venir a Él antes de la resurrección. Aún luchaba con las enseñanzas y las creencias de mi niñez. Su luz empezó a invadir mi mente y mis preguntas eran contestadas incluso antes que acabara de formularlas. Su luz era conocimiento. Tenía el poder de llenarme con toda la verdad. A medida que mi confianza crecía y dejaba que la luz me penetrara, mis preguntas surgían más velozmente de lo que creía posible y eran contestadas con la misma celeridad.

Las respuestas eran absolutas y completas. Dominada por mis temores, había interpretado mal la muerte, esperando algo que no era. La tumba nunca fue destinada al espíritu, sólo al cuerpo. No había enjuiciamiento alguno por mis errores. Tan sólo experimentaba que una verdad sencilla y viva había sustituido a mi equivocación. Comprendí que Él era el Hijo de Dios, siendo Él mismo también un Dios, y que había elegido ser nuestro Salvador desde antes de la creación del mundo. Comprendí –o, mejor dicho, recordé – Su papel como creador de la Tierra. Su misión era venir al mundo para enseñarnos el amor. Aquel conocimiento se asemejaba más a un recuerdo. Recuperaba cosas muy anteriores a mi vida terrena, cosas que me habían sido intencionadamente ocultadas tras un “velo” de olvido en el momento de mi nacimiento.

Mis preguntas seguían brotando y me di cuenta de Su sentido del humor. Casi entre risas, me propuso que fuera más despacio, que ya sabría todo lo que deseaba. Pero yo quería saberlo todo, de principio a fin. Mi curiosidad ha sido siempre un tormento para mis padres y para mi marido – y, en ocasiones, para mí misma -, pero ahora era una bendición y me exaltaba la libertad con la que se me brindaba el saber.

¡Recibía la enseñanza del Maestro de maestros! Mi capacidad de comprensión era tal que hubiera asimilado volúmenes en un instante. Era como hojear un libro y abarcar su contenido de una mirada. Como si yo pudiera sentarme cómodamente mientras el libro se me revelaba en todo detalle, hacia delante y hacia atrás, por dentro y por fuera, en todos sus matices y posibles propuestas. Todo ello en un instante.

En cuanto comprendía algo, más preguntas y respuestas surgían y se complementaba e interaccionaban, como si toda verdad estuviera intrínsecamente relacionada. Nunca había tenido más sentido para mí la palabra “omnisciente”. El saber me permeaba. En cierto sentido, quedaba encajado en mí, y me sorprendía mi capacidad para comprender los misterios del universo con sólo reflexionar sobre ellos.

Quería saber por qué había tantas Iglesias en el mundo ¿Por qué no nos dio Dios una sola Iglesia, una religión pura? La razón de ello vino, perfectamente comprensible. Cada uno de nosotros, fue la respuesta, se encuentra a un nivel distinto de saber superior. Todas las religiones que existen en la Tierra son necesarias, porque hay gente que necesita sus enseñanzas. Los creyentes de una religión pueden no entender en profundidad el evangelio del Señor y nunca lo entenderán mientras estén en el seno de aquella religión. Pero ella será su pasarela hacia un conocimiento mayor.

Cada Iglesia satisface necesidades espirituales que otras, posiblemente, no puedan. No existe ninguna Iglesia capaz de satisfacer las necesidades de todos, a todos los niveles. A medida que cada individuo eleva su nivel de comprensión de Dios y de su propio progreso infinito, irá sintiéndose desconectado de las enseñanzas de su Iglesia actual y buscará una filosofía o religión distinta para llenar el vacío. Cuando esto ocurra, habrá alcanzado otro nivel de comprensión y ansiará una verdad y conocimientos más elevados y una nueva oportunidad para crecer. Y estas nuevas oportunidades de aprendizaje le serán ofrecidas a cada paso del camino.

Después de recibir este conocimiento, supe que no tenemos derecho a criticar en modo alguno ninguna de las religiones e Iglesias existentes. Todas son valiosas e importantes a Sus ojos. En todos los países, en todas las religiones, en todos los puestos de la vida, han sido enviadas personas muy especiales con importantísimas misiones, para que puedan influir en los demás. La plenitud del evangelio existe, pero la mayoría de la gente no la percibirá en la Tierra. Para abarcar esta verdad debemos escuchar al espíritu y desprendernos de nuestro ego.

Quería conocer el propósito de la vida terrena. ¿Por qué estamos aquí? Inmersa en el júbilo del amor de Jesucristo, no podía imaginarme porqué un espíritu abandonaría voluntariamente este paraíso maravilloso y todo lo que ofrecía: mundos por explorar, ideas por crear y conocimientos por adquirir. ¿Por qué querría nadie venir a la Tierra? En respuesta, pude recordar la creación del planeta. De hecho, la vi como en una obra representada ante mis ojos. Esto era importante. Jesús quería que yo asimilara aquel saber. Deseaba que yo conociera mis propios sentimientos en el momento de la creación. Y la única manera de conseguirlo era hacer que lo presenciara de nuevo y que volviera a sentir lo que había sentido entonces.

Toda la gente, como espíritus de un mundo premortal, tomamos parte en la creación de la Tierra. Nos encantaba formar parte de ella. Estábamos con Dios y sabíamos que Él nos había creado, que éramos Sus hijos amados. Se sentía satisfecho con nuestra evolución y lleno de amor absoluto por cada uno de nosotros. También Jesucristo se encontraba allí. Comprendí, para mi sorpresa, que Jesús era un Ser distinto a Dios, con Su propio propósito divino, y supe que Dios era nuestro Padre común. Mi educación protestante me había enseñado que el Dios Padre y Jesucristo eran uno. Después de reunirnos, el Padre explicó que nuestra estancia temporal en la Tierra sería en beneficio de nuestra evolución espiritual. Cada espíritu destinado a la Tierra participó en la planificación de las condiciones terrenales, incluidas las leyes de la mortalidad que nos regirían.

Éstas comprendían las leyes de la física tal como las conocemos, las limitaciones de nuestro cuerpo y los poderes espirituales a los que tendríamos acceso. Estuvimos junto a Dios cuando plasmaba la vida animal y la vida vegetal terrestres. Antes de su creación física, todo fue creado de materia espiritual: los sistemas solares, los soles, las lunas, las estrellas, los planetas, la vida sobre los planetas, las montañas, los ríos, los mares, etcétera. Yo presencié el proceso y luego, para entenderlo mejor, el Salvador me dijo que la creación espiritual podía compararse a nuestras fotografías; la creación espiritual sería como una copia en papel, nítida y brillante, la terrenal, como su oscuro negativo. La Tierra no es más que una sombra de la belleza y de la gloria que la esencia espiritual posee, pero es lo que necesitamos para nuestra evolución. Era importante que

yo comprendiera que todos intervinimos en la creación de nuestras condiciones terrenales.

Muchas veces, los pensamientos creativos que tenemos en esta vida son resultado de una inspiración invisible. Muchos de nuestros inventos importantes, y también nuestro progreso tecnológico fueron creados anteriormente en el espíritu por prodigios espirituales. A continuación hubo individuos terrenales que recibieron la inspiración para reproducir aquellos inventos en la tierra. Comprendí que existe un lazo dinámico y vital entre el mundo espiritual y el mortal y que nuestro progreso precisa de los espíritus de la otra dimensión. También vi que se sienten muy felices de ayudarnos en todo lo que pueden.

Ví que en el mundo premortal conocíamos, y hasta elegíamos, nuestras misiones en la vida. Comprendí que nuestros puestos en la vida se basan en los objetivos de aquellas misiones. Por medio del conocimiento divino sabíamos cómo serían muchas de nuestras pruebas y tribulaciones y nos preparábamos para ellas. Nos uníamos a otros – a los miembros de nuestra familia y a los amigos – para conseguir ayuda en esas misiones. Necesitábamos su apoyo. Veníamos aquí como voluntarios, todos ansiosos de aprender y de vivir aquello que Dios había creado para nosotros. Sabía que todos los espíritus que tomaban la decisión de venir aquí eran valientes.

Hasta el menos evolucionado de nosotros en la tierra era fuerte y valiente en la otra dimensión.

Se nos dio licencia para actuar libremente. Son nuestros propios actos los que determinan el curso de nuestras vidas, que podemos cambiar y reconducir en cualquier momento. Comprendí que aquello era crucial; Dios prometió que no intervendría en nuestras vidas, salvo que Se lo pidiéramos. Y luego, a través de Su sabiduría omnisciente, nos ayudaría a satisfacer nuestros legítimos deseos. Estábamos agradecidos por la posibilidad de expresar nuestra libre voluntad ejercer nuestro propio poder. Ello nos permitiría conseguir grandes satisfacciones y optar por conocer la tristeza. La elección sería nuestra, se basaría en nuestras decisiones.

Fue realmente un alivio descubrir que la Tierra no es nuestro hogar natural y que nuestros orígenes no están aquí. Resultó gratificante saber que la Tierra no es más que un lugar temporal de aprendizaje y que el pecado no constituye nuestra verdadera naturaleza. Espiritualmente nos situamos en diferentes grados de luz – que es el conocimiento – y debido a nuestra naturaleza divina y espiritual, nos llena el deseo de hacer el bien. Sin embargo, nuestras realidades terrenales están en constante oposición a nuestros espíritus. Comprendí la gran debilidad de la carne. Pero también su fortaleza. Aunque nuestros cuerpos espirituales están llenos de luz, verdad y amor, deben batallar constantemente para vencer a la carne, y esta lucha los fortalece.

Los que han logrado un verdadero progreso conseguirán una perfecta armonía entre la carne y el espíritu, una armonía que les bendecirá con la paz y les hará capaces de ayudar a los demás.

Aprendiendo a respetar las leyes de esta creación, aprendemos a utilizarlas a favor nuestro. Aprendemos a vivir en armonía con las fuerzas creativas que nos rodean. Dios nos ha dado habilidades individuales, a unos más y a otros menos, de acuerdo con

nuestras necesidades. El empleo de estas habilidades nos enseña a colaborar y, eventualmente a comprender las leyes y a superar las limitaciones de esta vida. La comprensión de las leyes nos capacita para servir mejor a los que nos rodean. Lo que lleguemos a ser en la vida mortal carece de sentido, salvo que sea en beneficio de los demás. Nuestros dones y habilidades nos son dados para permitirnos servir. Nuestro servicio a los demás supone nuestra evolución espiritual.

Sobre todo, me enseñaron que el amor es supremo. Vi que sin amor no somos realmente nada. Estamos aquí para ayudarnos mutuamente, para cuidarnos mutuamente, para comprender, perdonar y servirnos mutuamente. Estamos aquí para que en la Tierra nazca el amor a todos los hombres. Su aspecto terrenal puede ser negro, amarillo, pardo, bello, feo, delgado, grueso, rico, pobre, inteligente o ignorante, pero no debemos juzgar por las apariencias. Todo espíritu tiene la capacidad de colmarse de amor y de energía eterna. Al principio posee cierto grado de luz y de verdad, susceptible de evolucionar. No podemos medir estas cosas.

Sólo Dios conoce el corazón del hombre y sólo Él puede juzgar con perfección porque conoce nuestros espíritus; nosotros sólo vemos fuerzas y debilidades pasajeras. Debido a nuestras propias limitaciones, raras veces somos capaces de adentrarnos en el corazón humano.

Supe que todo lo que hacemos como prueba de amor es valioso: una sonrisa, una palabra de ánimo, un pequeño sacrificio. Estos actos nos perfeccionan. No todas las personas son agradables, pero cuando encontramos a alguien a quien nos resulta difícil amar suele ser porque nos recuerda algo de nosotros mismos que nos desagrada. Aprendí que es preciso que amemos a nuestros enemigos, olvidemos la ira, el odio, la envidia, la amargura y el recelo a la hora de perdonar. Estas cosas destruyen el espíritu. Tendremos que rendir cuentas de nuestro modo de tratar a los demás.

Cuando se nos entregó el plano de la creación cantamos de júbilo, unidos en el amor de Dios. Nos colmaba de alegría ver la evolución que conseguiríamos en la tierra y los lazos gozosos que crearíamos entre todos.

Luego observamos la creación de la Tierra. Observamos a nuestros hermanos y hermanas espirituales que entraban en sus cuerpos físicos para ocupar su turno en la tierra y experimentar los dolores y alegrías que les ayudarían a progresar. Recuerdo claramente contemplar a los pioneros americanos que cruzaban el continente, exultantes mientras soportaban sus duras tareas y completaban su misión. Supe que sólo aquellos que necesitaban esa experiencia fueron enviados allí. Vi el júbilo de los ángeles por los que soportaron las tribulaciones con éxito y su dolor por los que fracasaron. Vi que el fracaso de algunos fue debido a su propio desfallecimiento y de otros por las debilidades de los demás. Intuí que muchos de los que estuvimos allí no nos hallábamos a la altura de la tarea; que hubiéramos sido unos pioneros lastimosos y que nos hubiésemos convertido en causa de mayor sufrimiento para los demás.

De manera similar, algunos de los pioneros y de la gente de otras eras no hubieran podido soportar las tribulaciones actuales. Estamos donde debemos estar.

El conocimiento de todas esas cosas me dio a entender la perfección del plan. Vi que todos ocupamos voluntariamente nuestros puestos y posiciones en el mundo, y que

cada uno de nosotros recibe más ayuda de la que es consciente. Vi el incondicional amor de Dios, más allá de cualquier amor humano, que Él irradia hacia sus hijos. Vi los ángeles a nuestro lado, deseosos de ayudarnos y contentos con nuestros logros y alegrías. Pero por encima de todo, vi a Cristo, el Creador y Salvador de la Tierra, mi amigo y el mejor amigo que nadie puede tener. Me derretía de alegría en Sus brazos, me sentía reconfortada; por fin, en casa. Daría todo lo que tengo, todo lo que he sido en mi vida, por colmarme otra vez de aquel amor, por encontrarme en el abrazo de Su luz eterna.

Las leyes

Aún estaba ante el Señor, inmersa en Su cálida luz. No tenía la sensación de encontrarme en un lugar determinado, no era consciente del espacio que nos rodeaba ni de la presencia de otros seres. Él veía todo lo que yo veía; de hecho, Él me brindaba todo lo que yo veía y comprendía.

Permanecí dentro de Su luz y prosiguieron las preguntas y las respuestas. El diálogo entre los dos se había ampliado y acelerado hasta parecer capaz de abarcar todas las facetas de la existencia. Mi pensamiento volvió a las leyes que nos gobiernan aquí y Sus conocimientos comenzaron a fluir en mí. Percibía que Él se sentía verdaderamente feliz, dichoso de poder compartirlos conmigo.

Descubrí que las leyes que nos rigen son muchas –leyes espirituales, físicas y universales – y que sólo tenemos una vaga sospecha de la mayor parte de ellas. Todas estas leyes fueron creadas para cumplir un propósito y son complementarias entre sí. Cuando las acatamos y aprendemos a administrar las fuerzas positivas y las negativas, tenemos acceso a un poder mayor de lo imaginable. Cuando las transgredimos y nos oponemos al orden natural, cometemos un pecado.

Vi que todas las cosas existentes fueron producto del poder espiritual. Todo elemento, toda partícula de la creación contiene inteligencia, inteligencia llena de espíritu y de vida y, por lo tanto, capacidad de sentir alegría. Todo elemento tiene independencia para actuar libremente, para responder a las leyes y a las fuerzas de su entorno; cuando Dios se dirige a ellos, los elementos responden y obedecen Su palabra con alegría. Por medio de esos poderes y de esas leyes naturales de la creación, Cristo creó la Tierra.

Comprendí que, si respetamos las leyes que nos rigen, seremos más sabios y bienaventurados. Pero también comprendí que la infracción de estas leyes, el “pecado”, debilitará y, posiblemente, destruirá todo lo conseguido hasta ese momento. El pecado encierra una relación de causa y efecto. Muchos de los actos que cometemos redundan en nuestro propio castigo. Si, por ejemplo, contaminamos el medio ambiente, cometemos un “pecado” contra la tierra y cosechamos las consecuencias naturales de nuestra infracción de las leyes de la vida. Nuestra acción puede debilitarnos físicamente o causarnos la muerte, o provocar el debilitamiento físico o la muerte de otras personas.

También existen pecados contra la carne, como la alimentación excesiva o deficiente, la drogadicción (que incluye el consumo de cualquier sustancia disconforme

con la organización de nuestro cuerpo) y otros actos que lo debilitan. Todos los pecados contra la carne revisten la misma gravedad. Somos responsables de nuestros cuerpos.

Comprendí que cada espíritu era dueño de cuerpo. Durante nuestra vida mortal, el espíritu debe controlar el cuerpo y someter sus apetitos y pasiones. Todo lo que proviene del espíritu encuentra su manifestación en la carne, pero la carne y sus atributos no pueden invadir al espíritu contra su voluntad; es nuestro espíritu el que elige. Es nuestro espíritu el que nos gobierna. Para alcanzar la perfección de la que son capaces los seres mortales, debemos lograr una armonía total entre la mente, el cuerpo y el espíritu. Para que nuestro espíritu sea perfecto, debemos incluir en esa armonía el amor y la justicia e Cristo.

Recibía estas verdades y mi espíritu entero quería gritar de júbilo. Las comprendía y Jesús sabía que yo entendía todo lo que me enseñaba. Mis ojos espirituales se abrieron de nuevo y vi que Dios había creado muchos universos y que Él controla los elementos que los componen. Toda ley, energía y materia se encuentra bajo Su autoridad. Nuestro universo contiene energías positivas y también negativas y todas ellas son necesarias para la creación y el progreso. Estas energías están provistas de inteligencia, obedecen a nuestra voluntad. Desean servirnos.

Dios ejerce Su poder absoluto sobre ambos tipos de energía. Básicamente, la positiva no es sino lo que nos parecería lógico: luz, bondad, misericordia, amor, paciencia, caridad, esperanza, etc. Y la energía negativa es también lo que nos parecería lógico: tinieblas, odio, miedo (la herramienta más eficaz de Satanás), crueldad, intolerancia, egoísmo, desesperación, desmoralización etc.

Las energías positivas y las negativas actúan por oposición. Cuando las asimilamos, obran en nuestro servicio. Lo positivo atrae a lo positivo y lo negativo invita a lo negativo. La luz se aferra a la luz y la oscuridad es amante de la oscuridad. Seamos positivos o negativos, nos asociamos con otros semejantes a nosotros. Pero la elección de ser positivos o negativos es nuestra.

Por el simple hecho de tener pensamientos positivos y pronunciar palabras positivas, atraemos la energía positiva. Ví claro que es así. Ví energías distintas en torno a personas distintas. Ví que nuestras palabras ejercen un efecto real sobre el campo energético que nos rodea. Las palabras en sí –las vibraciones que producen en el aire – atraen un tipo de energía u otro. Nuestros deseos ejercen un efecto similar. Nuestros pensamientos tienen poder. Con ellos creamos nuestro entorno. Puede que esto tarde un poco en manifestarse en el plano físico, pero el resultado es instantáneo en el espiritual.

Si comprendiésemos el poder de nuestros pensamientos, seríamos más celosos de ellos. Si comprendiésemos el temible poder de nuestras palabras, preferiríamos el silencio a cualquier verbalización negativa. Nuestros pensamientos y nuestras palabras son los que crean nuestra fuerza y también nuestra debilidad. Nuestras alegrías y limitaciones parten de nuestro corazón. Siempre podemos sustituir lo negativo por lo positivo.

Ya que los pensamientos pueden afectar a la energía eterna, ellos son la fuente de la creación. Toda creación comienza en la mente. Primero, debe ser pensada. Las

personas dotadas son capaces de emplear su imaginación para crear cosas nuevas, tanto bellas como terribles. Hay gente que viene a este mundo con un poder de imaginación muy desarrollado ya, y pude ver que algunos hacían mal uso de ese poder. Ciertas personas emplean la energía negativa para crear cosas dañinas, objetos o palabras destructivas. Otras usan su imaginación de modo positivo en beneficio de quienes les rodean. Ellos crean verdadera alegría y son benditos. Las creaciones de la mente encierran un poder literal. Los pensamientos son hechos.

Comprendí que la existencia se vive más plenamente en la imaginación; que, parece algo irónico, la imaginación es la clave de la realidad. Se trata de algo que nunca hubiera sospechado. Venimos aquí para vivir la vida en plenitud, en abundancia, para encontrar placer en nuestras propias creaciones, sean éstas pensamientos, objetos, emociones o experiencias. Debemos crear nuestras propias vidas, tenemos que ejercitar nuestros dones y experimentar el éxito y el fracaso. Debemos emplear nuestro libre albedrío para enriquecer y engrandecer nuestras vidas.

Estos conocimientos me ayudaron a comprender que el amor es el bien supremo. El que debe gobernar es el amor. Él rige siempre en el espíritu y éste debe ser fortalecido para dirigir la mente y la carne. Comprendí el orden natural que impera en el amor universal. Primero debemos amar al Creador. Es éste el amor más importante que podemos experimentar (aunque quizá no lo sepamos hasta el momento de encontrarnos con Él). Después debemos amarnos a nosotros mismos. Yo sabía ya que, sin autoestima, el amor que sentimos por los demás es falso. Y luego debemos amar a todos los demás como a nosotros mismos. Cuando reconozcamos la luz de Cristo en nosotros también la reconoceremos en los demás y nos será imposible no amar esa parte divina de ellos.

Inundada por la luz del Salvador, por Su amor absoluto, vislumbré que me había alejado de Él cuando, siendo niña, Le había temido. Cuando pensaba que Él no me quería. Le estaba negando mi amor. Él nunca se movió. Ahora sabía que Él era como un sol en mi galaxia. Yo giraba a Su alrededor, a veces cerca y otras no tanto, pero Su amor nunca fallaba.

Comprendí que otras personas habían jugado un papel fundamenta en mi distanciamiento, pero no sentí rencor hacia ellas ni deseos de juzgarlas. Entendí que los hombres y las mujeres que había ejercido su autoridad sobre mí eran presas de energías negativas y habían enseñado la fe de Dios condicionadas por el miedo que sentían. Sus intenciones eran positivas, pero sus actos resultaban ser negativos.

Debido a sus propios temores utilizaban el miedo para controlar a los demás. Intimidaban a sus subordinados para que creyeran en Dios; “temor a Dios o ir al infierno”. Aquello me había impedido amar a Dios de verdad. De nuevo comprendí que el miedo es lo contrario del amor, y el arma más importante de Satanás. Mi temor de Dios me impedía amarle de verdad y, sin amarle, no podía sentir un amor puro por mí misma y por los demás. La ley del amor había sido quebrantad.

Cristo me sonreía aún. Le satisfacía mi afán por aprender, mi emoción en aquella experiencia

Ahora ya sabía que realmente Dios existe. Ya no creía en una Fuerza Universal sino que había visto al Ente tras esa Fuerza. Vi un Ser bondadoso, creador del universo

y de la sabiduría que lo impregna. Supe que Él dirige esta sabiduría y que controla su poder. Tuve conocimiento puro de que Dios desea que seamos como Él y que nos ha investido con cualidades divinas como el poder de la imaginación y de la creación, el libre albedrío, la inteligencia y, sobre todo, la capacidad de amar. Comprendí que Él desea que nos alimentemos de los poderes del universo y que, para ello, basta con que creamos en nuestra capacidad de hacerlo.

Curación y muerte

El flujo de aquellas enseñanzas proseguía con naturalidad en la presencia del Salvador, pasaba de un tema otro y progresaba indefectiblemente de cada verdad parcial a la siguiente. Después de conocer la presencia de dos grandes fuerzas en el universo y el sometimiento de ambas a la autoridad de Dios, vi el modo en que esas fuerzas nos podían afectar en el aspecto físico. Una vez sabido que el espíritu y la mente ejercen una gran influencia sobre la carne, comprendí que tenemos el poder de influir, literalmente, en nuestro cuerpo; que tenemos el poder de incidir en nuestro estado de salud.

Vi que el espíritu de todos nosotros es poderoso y capaz de fortalecer el cuerpo y repeler las enfermedades o de curarlo, en caso de que haya enfermado. El espíritu tiene poder de control sobre la mente y la mente controla al cuerpo. Al reflexionar sobre este principio he recordado con frecuencia las Escrituras: “Porque según lo que calcula en su interior, te dice, come y bebe.....”(Proverbios, 23:7)

Nuestros pensamientos están excepcionalmente dotados para atraer las energías positivas o negativas que nos rodean. Cuando se alimentan de manera prolongada de lo negativo, las consecuencias pueden reflejarse en un debilitamiento de las defensas del cuerpo. Ello resulta particularmente cierto cuando los pensamientos negativos se centran en uno mismo. Comprendí que el estado de ensimismamiento más profundo corresponde a los períodos de depresión. Nada agota tanto nuestra fuerza y salud como una depresión prolongada. Cuando hacemos el esfuerzo de alejarnos de nuestro yo y nos concentramos en las necesidades de los demás y en la manera de ayudarles, empieza el proceso de nuestra curación. La ayuda a los demás es un bálsamo, tanto para el espíritu como para el cuerpo.

Toda curación se inicia dentro de nosotros. Es nuestro espíritu el que cura nuestro cuerpo. La mano firme de un cirujano practica operaciones y la medicina proporciona las condiciones óptimas para la salud, pero es el espíritu el que rige el proceso de curación. Un cuerpo sin espíritu nunca sana; es incapaz de sobrevivir largo tiempo. Me mostraron que las células de nuestro cuerpo están hechas para generar vida indefinidamente. En un principio fueron programadas para que se regeneraran, para que reemplazaran a las viejas células dañadas o ineficaces y evitaran la extinción de la vida.

Pero algo provocó un cambio; no me mostraron el proceso exacto, pero comprendí que la humanidad fue introducida a la “muerte” en el Jardín del Edén. Hubo realmente un Jardín del Edén y las decisiones allí tomadas crearon las condiciones que ya hicieron imposible la vida eterna para la humanidad.

Nuestros cuerpos deben morir, pero, si nos apoyamos en la fe y en las energías positivas, aún tenemos en nuestro interior el poder de cambiar nuestras células y de ser curados; si ello es justo. Debemos recordar que la voluntad de Dios está siempre implicada en la curación.

Vi que muchas de las enfermedades que había sufrido en mi vida eran resultado de una depresión o de la sensación de no ser amada. Con frecuencia me había entregado a egocéntricos pensamientos negativos: “¡Ay, qué mal!”, “Nadie me quiere”, “¡Cuánto sufro!”, y “¡no puedo más!”, etc. De repente me di cuenta del yo, yo, yo reiterado en cada una de aquellas frases. Conocí el alcance de mi egocentrismo. Y supe que no sólo reclamaba aquella negatividad sino que le abría la puerta y la aceptaba como propia. Entonces mi cuerpo era víctima de una profecía autocumplida el “Pobre de mí” se traducía en “Estoy enferma”. Nunca antes me había dado cuenta de ello, pero ahora veía con claridad mi grado de implicación en el problema.

Comprendí que los pensamientos positivos acerca de uno mismo inician el proceso de curación. Una vez identificada la enfermedad o el problema, debemos empezar a verbalizar su remedio. Es preciso que vaciemos nuestra mente del pensamiento de la enfermedad y que nos concentremos en su terapia. Es necesario que lo verbalicemos, para que nuestras palabras fomenten el poder de nuestros pensamientos. Ello estimula a las inteligencias que nos rodean, que se ponen en movimiento y actúan para curarnos. Comprendí que es mejor que esta verbalización forme parte de una oración. Si es justo que nos recuperemos, Dios nos asistirá en la curación.

No hemos de negar la presencia de la enfermedad o del problema; sencillamente tenemos que rechazar su poder sobre nuestro derecho divino a la curación. Debemos guiarnos por la fe en Dios y no por las apreciaciones. Las apreciaciones implican lo cognitivo, la mente analítica. Ella racionaliza y justifica. La fe es gobernada por el espíritu. El espíritu es emocional y receptivo e interioriza. Y, como sucede con todos los dones, la fe se adquiere al ponerla en práctica. Si aprendemos a utilizar lo que tenemos, recibiremos más. Es una ley espiritual.

Aquel que alimenta la fe es como el que planta semillas. Aunque algunas caigan fuera del sembrado, habrá cosecha. Cualquier acto de fe será una bendición para nosotros. Y, en la medida en que nos perfeccionemos (y, con la práctica, nos perfeccionaremos), nuestra cosecha de fe será mayor. Todas las especies se multiplican. Esta ley afecta también a lo espiritual.

Ahora empezaba a comprender realmente el poder del espíritu sobre el cuerpo y a ver que el espíritu funciona a un nivel del que se nos escapa a la mayoría de nosotros. Naturalmente, siempre había sabido que mi mente generaba mis pensamientos y que mi cuerpo ejecutaba mis actos, pero el espíritu había sido un misterio para mí. Ahora veía que el espíritu es un misterio para la mayoría de la gente que, generalmente, obra sin que la mente se percate de ello. El espíritu se comunica con Dios y es el aparato receptor de

Su capacidad de penetración y Su sabiduría. Era importante que yo lo comprendiera e intuí que su aspecto sería el de una luz fluorescente dentro de nuestros cuerpos. Cuando la luz brilla, nuestro corazón está lleno de amor y claridad: esta es la

energía que da vida y fuerza a nuestro cuerpo. También vi que la luz se extingue y el espíritu se debilita con las experiencias negativas – la falta de amor, la violencia, los abusos sexuales y demás vivencias traumáticas. Al debilitar el espíritu, afecta también al cuerpo. Puede que éste no llegue a enfermar, pero será más débil en tanto el espíritu no se revigore.

Podemos conseguirlo si ayudamos a los demás, si creemos en Dios y, simplemente, si nos abrimos a las energías positivas por medio de pensamientos positivos. Nosotros tenemos el control. Dios es la fuente de energía y Él siempre está allí; tenemos que sintonizar con Él. Debemos aceptar el poder de Dios si queremos disfrutar de sus afectos en nuestras vidas.

Fue una sorpresa descubrir que la mayoría de nosotros elegimos las enfermedades que sufre y, en algunos casos, la que pondrá fin a nuestra vida. En ocasiones, la curación no es inmediata o no llega en absoluto, debido a nuestra necesidad de progreso. Toda experiencia es para bien y lo que consideraríamos como vivencia negativa puede hacernos falta para nuestro avance espiritual. Como espíritus, estamos muy dispuestos - incluso ansiosos.- a aceptar todas las dolencias, enfermedades y vicisitudes terrenales que contribuyen a nuestro perfeccionamiento. Comprendí que en el mundo espiritual el tiempo terrenal es insignificante. Para la conciencia espiritual, el dolor sufrido en la tierra no es más que un momento, la fracción de un segundo, y todos los aceptamos de buen grado. También nuestras muertes suelen planificarse de modo que nos ayuden a progresar. Si, por ejemplo, una persona muere de un cáncer, es probable que sufra una muerte lenta y dolorosa, que le brindará unas oportunidades de perfeccionamiento que nunca conocería de otra manera.

Sabía que mi madre había muerto de cáncer y comprendí que, hacia el final, ella pudo relacionarse con los miembros de su familia de una forma que hasta entonces le había sido imposible. Sus relaciones mejoraron y fueron mas sanas. Como resultado de su muerte, ella evolucionó. Hay gente que elige morir de manera que pueda ayudar a los demás.

Una persona, por ejemplo, quizá eligiera morir atropellada por un camión en la carretera. A nosotros nos parece terrible, pero, en el seno del conocimiento puro de Dios, su espíritu sabía que, en realidad, salvaba al conductor de mayores desgracias. El conductor podría emborracharse de nuevo al cabo de una semana y atropellar a un grupo de adolescentes, podría mutilarlos y causar más sufrimiento y dolor de lo necesario; se lo impidió el hecho de estar encarcelado por la muerte de una persona que ya había cumplido su misión en la tierra. Desde la perspectiva de lo eterno, los jóvenes se libraron de un dolor innecesario gracias a algo que puede ser el inicio de una experiencia enriquecedora para el conductor.

Aquí en la tierra, los verdaderos accidentes son muchos menos de lo que nos imaginamos, especialmente en las cosas que nos afectan en el plano de la eternidad. La mano de Dios y el camino que elegimos antes de venir a este mundo guían gran parte de nuestras decisiones y de nuestras vivencias aparentemente azarosas. Es inútil que intente nombrarlas todas, pero suceden y es por una razón concreta. Experiencias como el divorcio, la repentina pérdida de un empleo o ser víctima de un acto de violencia pueden, en última instancia, ampliar nuestros conocimientos y contribuir a nuestro progreso espiritual. Aunque se trata de experiencias dolorosas, nos ayudan a

evolucionar. Como Jesús dijo cuando estaba entre nosotros: “Es forzoso, ciertamente, que vengan escándalos. ¡Pero hay de aquel hombre por quién el escándalo viene!” (Mateo 18:7)

Guiada por el Salvador, supe que era importante aceptar toda experiencia como potencialmente buena. Yo debía aceptar mi razón de ser y mi puesto en la vida. Podía afrontar las cosas negativas que me habían ocurrido e intentar superar sus efectos; perdonar a mis enemigos, incluso amarles y neutralizar cualquier influencia negativa que ejercieron sobre mí; recurrir a pensamientos bondadosos y palabras compasivas y llenar de bálsamo mi alma y la de los demás. Comprendí que podía empezar a curarme, primero en el plano espiritual y luego en los planos emocional, mental y físico. Ví que sería capaz de ahorrarme los efectos corrosivos de la desesperación. Tenía derecho a una vida plena.

Reparé en lo siniestro de mi entrega a una de las armas más importantes de Satanás: mis ciclos personales de culpabilidad y temor. Comprendí que necesitaba desasirme del pasado. Si había infringido leyes y había pecado, debía cambiar mi actitud, perdonarme y seguir adelante. Si había hecho daño a los demás, tenía que empezar a amarles -sinceramente – y pedir su perdón. En el caso de que hubiera vulnerado mi propio espíritu, debía acercarme a Dios y sentir de nuevo Su amor; Su amor que cura. El arrepentimiento es tan sencillo –o tan difícil – como nosotros queramos que sea.

Si caemos, hemos de levantarnos, sacudirnos el polvo y seguir caminando. Aunque volvamos a caer un millón de veces, debemos seguir caminando; nuestro avance es mayor de lo que nos parece. Para el mundo espiritual, el pecado no es lo mismo que para nosotros. Toda experiencia puede resultar positiva. Toda experiencia nos enseña algo.

Nunca debemos considerar la idea del suicidio. Es un acto que sólo conseguirá malograr nuestras oportunidades de mayor progreso en la tierra. Después, al recordar esas oportunidades perdidas, sentiremos gran tristeza y dolor. Es importante recordar, sin embargo, que Dios es el juez de todas las almas y de la severidad de sus tribulaciones. Si buscamos la esperanza, aunque sea en un único acto positivo, vislumbraremos un resquicio de luz previamente desapercibido. La desesperación no se justifica nunca porque jamás es necesaria.

Estamos aquí para aprender, experimentar y cometer errores. No debemos juzgarnos con dureza; sólo hemos de vivir la vida paso a paso, sin preocuparnos por la opinión de los demás ni medirnos de acuerdo con sus criterios. Debemos perdonarnos y sentir gratitud por las cosas que nos ayudan a progresar. Llegará un día en que nuestros peores tormentos se revelarán como nuestros mejores maestros.

Saber que toda creación se inicia en el pensamiento supone saber también que la creación del pecado, la culpa, la desesperación, la esperanza y el amor empiezan dentro de nosotros. Tenemos la potestad de crear una espiral de desesperanza o un trampolín de aciertos y de felicidad. La fuerza de nuestros pensamientos es tremenda.

Somos como bebés; gateamos por casa y tratamos de aprender a emplear las fuerzas contenidas en nosotros. Son fuerzas poderosas y se rigen por leyes que nos protegen de nosotros mismos. Pero, en tanto progresamos y buscamos lo positivo en

torno nuestro, las leyes en sí nos serán reveladas. Se nos ofrecerá todo aquello que estamos preparados para recibir.

Los telares y la biblioteca

La información recibida me permitió establecer un tipo de relación y de conocimiento del Salvador que siempre conservaré con amor. Su preocupación por mis sentimientos era estimulante; en ningún momento quiso hacer o decir algo que me ofendiera. Él conocía los límites de mi capacidad de comprensión y se cuidó de prepararme para que asimilara aquellos conocimientos que yo deseaba. En el mundo espiritual nadie se siente incómodo por verse forzado a hacer o aceptar cosas para las que no está preparado. Allí la paciencia es un don natural.

Nunca olvidaré el sentido del humor de nuestro Señor, tan vivo y encantador como el que más; de hecho, mejor aún. Nadie Le aventaja en gracia. Él está lleno de felicidad absoluta, de una buena voluntad insuperable. Su presencia generaba sensaciones de dulzura y de gentileza y tengo por cierto que es un hombre perfecto. Yo le conocía, conocí Su proximidad y sabía que formábamos una familia. Intuía que Su relación conmigo era tanto la de un padre como la de un hermano mayor. Estaba a mi lado, pero existía también cierto elemento de autoridad.

Él era tierno y bondadoso, pero también responsable. Sabía con certeza que Él nunca haría mal uso de Su autoridad, que nunca desearía hacerlo.

Rodeada siempre de su luz, Jesús me sonrió y percibí Su aprobación. Se volvió hacia Su izquierda y me presentó a dos mujeres que acababan de aparecer. Una tercera mujer asomó brevemente tras ellas, pero parecía estar ocupada y sólo se detuvo un momento para visitarnos. Jesús indicó a las dos primeras mujeres que me acompañaran y sentí su dicha por estar conmigo. Cuando las miré, las recordé: ¡eran mis amigas! Habían sido dos de mis mejores amigas antes de mi venida a la tierra y su emoción por reunirse conmigo de nuevo era tan grande como la mía. Jesús se disponía a dejarme con ellas, volví a sentir que se divertía mientras parecía susurrar a mí espíritu: “Ve y aprende”, y comprendí que era libre para ver y probar lo que quisiera. Me emocionaba saber que todavía había cosas por conocer, muchas, como pronto descubriría.

Entonces el Salvador nos dejó y mis dos amigas me abrazaron. Aquí el amor lo invadía todo; todos participaban de él. Todos eran felices. Aunque existía una enorme diferencia entre la luz y el poder de Cristo y el de estas mujeres, su amor era incondicional. Me amaban de todo corazón.

Sólo conservo evocaciones parciales de aquel viaje. Recuerdo haber sido conducida a una gran sala donde había gente que trabajaba, pero no cómo llegamos allí ni el aspecto exterior del edificio. La sala era hermosa. Las paredes, de una materia similar a un mármol translúcido, permitían la entrada de la luz, y en algún que otro punto, la vista al exterior. El efecto era bello y muy interesante.

Cuando nos acercamos vi que la gente, tejía en grandes telares antiguos. Mi primer pensamiento fue que resultaba “muy anticuado” que tuvieran telares manuales en

el mundo espiritual. Cerca de los telares había muchos hombres y mujeres, seres espirituales que me saludaron sonrientes. Estaban encantados de verme y algunos se apartaron de uno de los telares para permitirme que lo observara mejor. Deseaban que yo pudiera apreciar la destreza de sus manos. Me acerqué y cogí un trozo de la tela que tejían.

Semejaba estar hecha de una mezcla de hilo de vidrio y de azúcar. Alejé la tela de mis ojos y la volví a acercar y ella brilló y centelleó casi como si tuviera vida. El efecto resultaba sorprendente. El material era opaco por un lado, pero al darle la vuelta pude apreciar que se transparentaba. Era evidente que la transparencia de un lado y la opacidad del otro – como un espejo de doble cara – tenía una razón de ser, pero no me la precisaron. Los trabajadores me explicaron que de esa tela se harían los vestidos de los que llegan al mundo espiritual desde la tierra. Naturalmente, les satisfacía su trabajo y mi gratitud por haberme permitido que lo contemplara.

Mis dos compañeras y yo nos alejamos de los telares y recorrimos muchas otras salas donde vi cosas asombrosas y gentes maravillosas, pero no se me ha permitido recordar muchos detalles. Tengo la sensación de haber viajado durante días o semanas sin fatigarme nunca. Me sorprendió ver cuánto les gustaba realizar trabajos manuales a los que así lo deseaban. Disfrutaban ideando aparatos útiles para los demás, tanto para los que nos encontramos en la Tierra como para los que están allí. Vi un gran aparato similar a un ordenador, aunque de mayor capacidad y complejidad. También a las personas que trabajaban allí les encantó mostrarme su trabajo. De nuevo comprendí que todas las cosas importantes son creadas primero en el plano espiritual y luego en el físico. Es algo que antes desconocía.

Me llevaron a otra sala grande, parecida a una biblioteca. A mí alrededor percibía la acumulación de una gran sabiduría, pero no había libros allí. Entonces advertí que las ideas fluían en mi mente y me brindaban conocimientos sobre temas en los que no había pensado desde hacía tiempo o, en algunos casos, nunca en absoluto. Comprendí que se trataba de una biblioteca mental. Con solo pensar en un tema recibía toda la información disponible sobre él, como había sucedido antes en presencia de Cristo. Podía conocer los datos referentes a cualquier personaje de la historia –e incluso del mundo espiritual – con todo detalle.

No se me ocultó nada, y era imposible no comprender con claridad cada pensamiento, cada frase, cada partícula de conocimiento. No cabía ningún tipo de malentendido. La historia era pura. La comprensión, total. No sólo comprendí lo que hacía la gente sino el porqué lo hacía y de qué modo afectaba a la percepción de la realidad de los demás. Comprendí los factores que inciden en este tema desde todos los ángulos, desde toda perspectiva posible; en su conjunto, aquel conocimiento configuraba una percepción global de los acontecimientos, las personas y los principios, imposible de asimilar en la tierra.

Pero se trataba de algo más que un proceso mental. Yo podía sentir lo que sentían aquellas personas cuando ejecutaban sus actos. Comprendí sus penas y sus alegrías y sus emociones porque era capaz de vivirlas. Parte de aquel conocimiento me ha sido velado, aunque no todo. Agradezco la información que se me dio acerca de determinadas personas y acontecimientos de nuestra historia que me era importante comprender.

Yo deseaba conocer más aquel mundo milagroso e increíble y mis acompañantes disfrutaban con su ayuda. Su mayor placer era darme placer y, en medio de cierta conmoción, me llevaron a un jardín exterior.

El jardín

Cuando salimos al jardín vi a lo lejos montañas, ríos y valles impresionantes. Mis acompañantes se retiraron y me dejaron continuar sola, quizá para que gozara la belleza del lugar sin que me importunara la presencia de otros. El jardín estaba lleno de árboles, flores y plantas cuya presencia parecía realmente inevitable, como si estuviesen destinados a encontrarse en aquel lugar y de aquella manera. Caminé un rato sobre la hierba. Era fresca, jugosa, de un intenso color esmeralda, y la sentía viva bajo mis pies. Pero lo que más me asombró en el jardín fueron sus vivos colores. Aquí no hay nada que se les compare.

Cuando la luz ilumina un objeto en la Tierra, su reflejo presenta una tonalidad determinada. Son miles las tonalidades posibles. En el mundo espiritual, no es necesario que la luz sea reflejada por un objeto. Proviene de su interior y parece tener una esencia viva. Los colores posibles son millones, billones.

Las flores, por ejemplo, tienen un color tan vivo y luminiscente que no parecen sólidas. Debido al intenso aura luminoso de las plantas, resulta difícil discernir dónde empieza su superficie y dónde acaba. Se hace obvio que cada parte de la planta, cada partícula microscópica, posee su propia inteligencia. Es la mejor palabra que puedo encontrar para definirlo. Cada parte diminuta está llena de vida propia y es capaz de organizarse con otros elementos para crear cualquier forma existente. El mismo elemento que ahora reside en una flor puede pasar a formar parte de otra cosa y seguir tan vivo. No posee un espíritu como nosotros, pero tiene inteligencia y organización, y puede responder a la voluntad de Dios y a las demás leyes universales. Todo ello resulta evidente al contemplar la creación y, sobre todo, las flores.

Un hermoso río atravesaba el jardín, no lejos de donde yo estaba, y me sentí inmediatamente atraída hacia él. Vi que el río surgía de una gran cascada de aguas purísimas y que, a su vez, formaba un lago. El agua era de una transparencia y de una vitalidad deslumbrantes.

Vida. También estaba en el agua. Cada gota de la cascada poseía su propia inteligencia y un propósito único. Una melodía de belleza majestuosa surgía de la catarata y llenaba el jardín, mezclado con otras melodías que sólo percibía vagamente. La música provenía del agua en sí, de su inteligencia, cada gota producía su propia nota y su melodía, que se fundía y componía con los demás sonos y acordes en el ambiente. El agua alababa a Dios por su vida y su alegría. El efecto global parecía fuera del alcance de cualquier sinfonía o composición terrena. Comparada con ella, nuestra mejor música sonaría como un tambor de hojalata en manos de un niño. Sencillamente no somos capaces de comprender la enormidad y el vigor de aquella música, y mucho

menos de crearla. Avancé hacia el agua y se me ocurrió que quizá aquella sería el “agua viva” que mencionan las Escrituras y quise bañarme en ella.

En las proximidades del río reparé en una rosa que parecía destacar entre las demás flores y me detuve para examinarla. Su hermosura quitaba el aliento. Entre todas las flores del lugar, ninguna me fascinó tanto como ella. Se balanceaba dulcemente al tenue son de la música y entonaba alabanzas a Dios con sus propias notas melodiosas. Comprobé que podía percibir su crecimiento. Al verla crecer ante mis ojos me emocioné y deseé sentir su vida, adentrarme en ella y conocer su espíritu.

En cuanto lo pensé, me vi capaz de escudriñar su interior. Era como si tuviese el don de una visión microscópica que me permitiera penetrar en las partes más recónditas de la rosa. Pero se trataba de algo mucho más amplio que una experiencia visual. Yo sentía la presencia de la rosa en torno mío, como si estuviera realmente en su interior y formara parte de ella. La sentía como si yo fuese la flor. La rosa se mecía al compás de la música de todas las demás flores y creaba, a su vez su propia melodía, una melodía que armonizaba perfectamente con la de miles de rosas que se unía a ella.

Comprendí que la música de mi flor provenía de sus partes individuales, que sus pétalos, producían sus propias notas, que cada inteligencia dentro de los pétalos contribuía a la perfección de la composición y que todas colaboraban armoniosamente para crear el efecto global: el júbilo. ¡Mi propio júbilo alcanzaba la plenitud! Sentía la presencia de Dios en la planta y en mí, sentía su amor que nos invadía. ¡Todos éramos uno!

Nunca olvidaré la rosa que fui. Aquella sola experiencia, tan solo un atisbo del gran regocijo que inunda el mundo espiritual, la unión con todo lo demás, era tan profunda que la recordaré siempre con amor.

La fiesta de bienvenida

Un grupo de seres espirituales entró en el jardín. Ahora muchos llevaban hábitos de suaves tonos pastel, quizá un reflejo del espíritu del lugar y también de la ocasión. Me rodearon e intuí que se reunían para celebrar una especie de fiesta de licenciatura. Yo había muerto (o me había licenciado, según parecía indicar su término) y habían acudido a saludarme. Sus rostros resplandecían de alegría, como si contemplaran un niño que acabara de vivir algo increíblemente placentero por vez primera. Me di cuenta que les recordaba a todos de mi vida anterior terrenal y corrí hacia ellos para abrazarles y besarles. Mi ángeles custodios – mis amados monjes – también estaban allí y les besé.

Cuando entré en contacto con sus espíritus supe que estaban allí para apoyarme. Mis acompañantes, que seguían en su papel de guías, me dijeron que mi muerte había sido prematura y que, en realidad, aquella no era una fiesta de licenciatura sino una oportunidad para mostrarme lo que recibiría cuando regresara, en el momento que me correspondiera. Se sentían muy felices de verme y de ayudarme, pero sabían que tenía que volver. Luego me hablaron de la muerte.

Cuando “morimos”, me dijeron mis guías, no experimentamos nada más que una transición a otro tipo de existencia. Nuestro espíritu sale del cuerpo y entra en un dominio espiritual. En casos de muertes traumáticas, el espíritu abandona al cuerpo rápidamente, en ocasiones incluso antes de producirse la muerte en sí. Si una persona se ve involucrada en un accidente o en un incendio, por ejemplo, su espíritu podría retirarse del cuerpo antes que experimente demasiado dolor. Es posible que el cuerpo de señales de vida todavía durante unos momentos, pero el espíritu habrá partido y se encontrará en estado de paz.

En el momento de la muerte se nos ofrece la elección de permanecer en la tierra hasta que el cuerpo hay sido enterrado o de partir, como hice yo, al nivel que nuestro espíritu haya podido alcanzar. Comprendí que existen muchos niveles de crecimiento y que nosotros nos dirigimos siempre al nivel donde nos sintamos más cómodos. La mayoría de los espíritus prefieren quedarse en la Tierra durante un breve período de tiempo para reconfortar a sus seres queridos; la familia sufre mucho más que el que ha partido. En ocasiones, los espíritus se demoran por más tiempo si sus seres queridos están desesperados. Se quedan algo más para ayudar a sus espíritus a reponerse.

También me dijeron que nuestras oraciones pueden beneficiar tanto a los seres espirituales como a las personas en la tierra. Si tenemos razones para temer por el espíritu de una persona fallecida, si hay razón para creer que quizá su transición haya resultado dificultosa o indeseada, podemos rezar por ella y reunir ayuda espiritual.

Me dijeron que es importante que adquiramos conocimiento del espíritu mientras somos seres carnales. Cuanto más amplio sea nuestro conocimiento en la Tierra, más rápido y mayor será nuestro progreso allá. Debido a la falta de conocimiento o de fe, algunos espíritus permanecen virtualmente prisioneros en la Tierra. Los que mueren ateos o los que han sido codiciosos, lujuriosos o materialistas en su relación con el mundo, encuentran el avance difícil y se quedan atrapados en la Tierra. Les suele faltar la fe y la capacidad de búsqueda y, en algunos casos la de reconocer la energía y la luz que nos conducen a Dios.

Esos espíritus permanecen en la Tierra hasta que aprenden a aceptar el gran poder que les envuelve y a desasirse del mundo material. Cuando atravesaba la masa negra, antes de avanzar hacia la luz, sentí la presencia de tales espíritus morosos. Allí se quedan el tiempo que necesitan, amparados en su amor y su calidez y reciben su influencia reparadora, hasta que, eventualmente aprenden a avanzar y a aceptar la seguridad y el gran amor divinos.

De todos los conocimientos, sin embargo, el más importante es el conocimiento de Jesucristo. Me dijeron que Él es la puerta que todos atravesaremos para volver. Él es la única puerta por la que se puede volver. Conozcamos a Jesucristo aquí o en el mundo espiritual, debemos aceptarle y entregarnos a Su amor.

Mis amigos me colmaban de amor, en el jardín y percibían que yo no quería regresar todavía, que deseaba ver más. En su anhelo por complacerme, me enseñaron mucho más.

Mundos múltiples

Mi memoria penetró en un pasado más remoto, anterior a la creación de nuestra Tierra, en eternidades pretéritas. Recordé que Dios era el creador de mundos, galaxias y dominios múltiples, más allá de los límites de nuestra comprensión, y quise verlos. Con la aparición de mi deseo, mis pensamientos me transportaron fuera del jardín, esta vez en compañía de dos seres luminosos diferentes que se convirtieron en mis guías. Nuestros cuerpos espirituales se alejaron flotando de mis amigos y se adentraron en la negrura del espacio.

Nuestra velocidad iba en aumento y yo sentía la excitación del vuelo. Podía hacer lo que quisiera, ir a donde quisiera, viajar veloz – increíblemente veloz – o con lentitud. Adoraba aquella libertad. Penetre en la vastedad del espacio y supe que no se trata de un vacío, está lleno de amor y de luz: la presencia tangible del Espíritu de Dios. Percibí un sonido suave y agradable, un sonido distante y reconfortante que me hacía feliz. Era un son parecido a una nota de musical, pero era universal y parecía llenar el espacio que me rodeaba.

Fue seguido por otra nota, de un registro diferente, y pronto descubrí un trazo de melodía, un vasto canto cósmico que me calmaba y me apaciguaba. Las notas producían suaves vibraciones que me rozaban y sabía que poseían un poder curativo. Sabía que todo aquel que recibiera el contacto de aquellas notas notaría sus efectos terapéuticos; era como bálsamos espirituales, expresiones de amor que sanan a los espíritus quebrados. Gracias a mis escoltas supe que no todas las notas musicales eran terapéuticas; algunas pueden generar respuestas emocionales negativas en nosotros. Ahora comprendía que, cuando estaba en la Tierra, Satanás había empleado esas notas negativas para producirme enfermedades físicas y mentales.

Algunos de los detalles de lo que vino después han sido borrados de mi memoria, pero muchas impresiones perduran. Me daba la sensación de que transcurrían semanas, hasta meses, durante el tiempo que dediqué a visitar las muchas creaciones de Dios. En mi viaje me acompañaba en todo momento la presencia reconfortante de Su amor. Sentía que había “regresado” a mi medio natural y que no hacía sino lo que era normal. Visité muchos mundos; tierras como la nuestra, aunque más gloriosas y siempre habitadas por gente amorosa e inteligente.

Todos somos hijos de Dios y Él ha poblado la inmensidad del espacio para nosotros. Recorrí distancias tremendas, contemplé estrellas que no son visibles desde la Tierra. Vi galaxias y las visité sin dificultad y conocí a otros hijos de nuestro Dios, todos ellos hermanos y hermanas espirituales nuestros. Y todo era un recordar, un despertar. Sabía que no era la primera vez que visitaba aquellos lugares.

Mucho después, cuando regrese a mi cuerpo mortal, me sentí engañada por ser incapaz de recordar los detalles de aquella experiencia, pero con el paso del tiempo he aprendido que el olvido era necesario para mi propio bien. Si pudiese recordar los mundos gloriosos y perfectos que había visto, mi vida quedaría permanentemente frustrada y se echaría a perder la misión que Dios me encomendó.

Mi sensación de engaño fue sustituida por un sentimiento de admiración y de profunda gratitud por mi vivencia. Dios no tenía por qué mostrarme otros mundos, ni tampoco dejarme recuerdo algunos de ellos. Pero, en su misericordia, me ha dado mucho; vi mundos que nuestros telescopios más potentes nunca podrán alcanzar y conozco el amor que allí existe.

La elección de un cuerpo

Regresé al jardín y volví a encontrarme con mis primeras escoltas. Había visto el progreso de la gente en los mundos que había visitado, su esfuerzo por acercarse más a la imagen de nuestro Padre, y sentía curiosidad por nuestra evolución en la tierra. ¿Cómo crecemos?

A mis escoltas les agradó mi pregunta y me llevaron a un lugar donde muchos espíritus se preparaban para su vida en la Tierra. Eran todos espíritus adultos; no vi espíritus infantiles en ningún momento de mi vivencia. Era evidente su gran deseo por venir aquí. Consideraban la vida terrenal como una escuela donde aprenderían muchas cosas y adquirirían los atributos que les faltaban. Me dijeron que todos deseábamos venir aquí y que nosotros habíamos elegido muchas de nuestras debilidades y condiciones difíciles para poder crecer. También comprendí que, en algunos casos, se nos otorgan debilidades para nuestro propio bien.

Dios nos dota también de atributos y talentos según su voluntad. Nunca debemos comparar nuestros talentos o debilidades con los de otros. Todos tenemos lo que necesitamos; somos únicos. La igualdad de debilidades o de dones espirituales carece de importancia.

El área ante mí y por debajo de mí se replegó como una ventana que se abre y vi la Tierra. Vi tanto el mundo físico como el espiritual. Vi que algunos de los hijos espirituales de nuestro Padre en el Cielo no desearon venir a esta Tierra. Prefirieron quedarse como espíritus con Dios y actuar como ángeles guardianes de las personas vivas. También comprendí que existen otros tipos de ángeles, incluidos los llamados “Ángeles Guerreros”. Me mostraron que su propósito es asumir nuestra batalla contra Satanás y sus ángeles. Aunque todos tenemos espíritus protectores o guardianes para ayudarnos, hay momentos en los que precisamos el respaldo de los Ángeles Guerreros, y comprendí que tenemos acceso a ellos a través de la oración.

Son hombres gigantes, muy musculosos y de aspecto bellissimo. Son espíritus magnificentes. Tan sólo con mirarlos supe que una lucha contra ellos sería fútil. Iban ataviados como guerreros, con casco y armadura, y se movían con más agilidad que los demás ángeles. Pero quizá lo que les diferenciaba más de los otros era su aura de confianza; estaban absolutamente seguros de sus capacidades. Nada malo podía afligirles y lo sabían. Partieron precipitadamente a una misión (que no me fue revelada) y me quedé impresionada por su aspecto reconcentrado; comprendían la importancia de su misión y sabían – al igual que yo – que no volverían sin haberla cumplido.

Satanás desea poseernos y, algunas veces, cuando reúne sus fuerzas contra uno de nosotros, esa persona necesita protección especial. A todos nos protege, no obstante, la

incapacidad de Satanás para leer nuestros pensamientos. Si puede, sin embargo. Leer nuestros semblantes, que casi es lo mismo que leer los pensamientos. Nuestras auras y nuestros semblantes proyectan los sentimientos y emociones del alma. Dios los ve, los ángeles los ven y Satanás los ve. Incluso las personas muy sensibles pueden verlos. Nos es dado protegernos si controlamos nuestros pensamientos y dejamos que la luz de Cristo invada nuestra vida.

Si lo hacemos, la luz de Cristo brillará en nosotros y aparecerá en nuestro semblante.

Cuando lo comprendí, volví a ver los espíritus que todavía no habían venido a la Tierra y vi que algunos se cernían sobre personas mortales. Vi un espíritu masculino que trataba de unir a un hombre y a una mujer mortales en este mundo: sus futuros padre. Jugaba a Cupido y no le era nada fácil. El hombre y la mujer querían seguir direcciones opuestas y, sin saberlo, no cooperaban en absoluto. El espíritu masculino intentaba persuadirles, hablarles y convencerles para que se juntaran. A otros espíritus les preocupó su dificultad e hicieron frente común con él, esforzándose por “acorralar” a los dos jóvenes mortales.

Me dijeron que en el mundo espiritual nos habíamos unido a determinados espíritus hermanos, a aquellos que más afines sentíamos. Mis escoltas me explicaron que pactábamos con ellos ir a la Tierra como familiares o amigos. El lazo espiritual era el resultado del amor que sentíamos unos por otros tras una eternidad de coexistencia. También elegíamos venir a la Tierra con otros por el trabajo que podríamos realizar juntos. Algunos deseábamos unirnos en una causa para cambiar determinadas cosas en la Tierra y la mejor manera de hacerlo era bajo ciertas circunstancias creadas por los padres elegidos o por otras personas. Otros aspiraban sólo a fortalecer un curso ya establecido y allanar el camino para los que vendrían después.

Comprendíamos las influencias mutuas que ejerceríamos en esta vida y las características físicas y de comportamiento que recibiríamos de nuestra familia. Éramos conscientes del código genético de los cuerpos mortales y de los rasgos físicos particulares que presentaríamos. Todo ello lo deseábamos y lo necesitábamos.

Sabíamos que las células de nuestro nuevo cuerpo tendrían memoria. Esa idea era completamente nueva para mí. Aprendí que todos nuestros pensamientos y nuestras experiencias quedan grabadas en el subconsciente. Y también en nuestras células, de manera que cada una de ellas no sólo lleva la impronta del código genético sino también la de todas nuestras vivencias. Además, comprendí que esta memoria se trasmite a nuestros hijos a través del código genético.

Por lo tanto, ella da cuenta de muchas de las características hereditarias en una familia, como las tendencias a la adicción, los miedos, la fuerza.... También aprendí que la vida en esta tierra es irrepetible, cuando nos parece “recordar” vidas pasadas, lo que realmente recibimos es un reflejo de la memoria contenida en nuestras células.

Vi que teníamos conocimientos de los retos planteados por nuestra complicada constitución física y que los aceptábamos con toda confianza.

Al mismo tiempo, recibíamos los atributos espirituales necesarios para nuestra misión, muchos de ellos especialmente diseñados para satisfacer nuestras necesidades. Nuestros padres estaban provistos de sus propios atributos espirituales, algunos de los cuales podían sernos transmitidos, y nosotros observábamos el uso que hacían de sus capacidades. En nuestro proceso de maduración adquiríamos dones adicionales. Ahora ya poseemos nuestras propias herramientas espirituales, y de nosotros depende que prosigamos y aprendamos a utilizarlas u optar por no usarlas en absoluto. Independientemente de nuestra edad, somos capaces de adquirir atributos espirituales nuevos, que nos serán de ayuda en las distintas situaciones de la vida.

Siempre podemos elegir. Vi que siempre disponemos del atributo adecuado para ayudarnos a nosotros mismos, aunque quizá no seamos conscientes de ello o no hayamos aprendido a usarlo. Es necesaria una mirada introspectiva. Debamos confiar en nuestras capacidades; la herramienta espiritual necesaria se encuentra siempre dentro de nosotros.

Después de observar cómo aquellos espíritus trataban de acorralar a la joven pareja, me llamaron la atención otros espíritus que hacían sus preparativos para venir a la Tierra. Uno de ellos, excepcionalmente dinámico y brillante, se estaba introduciendo en el útero materno. Había optado por llegar al mundo con una deficiencia mental. Estaba encantado con la gran oportunidad de crecimiento que eso significaría para él y para sus padres. Los tres se habían reunido mucho tiempo atrás para planificar el acontecimiento.

Es espíritu prefirió iniciar su vida mortal en el momento de la concepción y le vi penetrar en el útero y alojarse en la vida recién formada. Estaba ansioso por sentir el gran amor de sus padres mortales.

Aprendí que los espíritus pueden entrar en el cuerpo de la madre en cualquier momento del embarazo. Una vez allí, empiezan a vivir la mortalidad de forma inmediata. Me dijeron que el aborto es contrario a lo natural. El espíritu que se adentra en el cuerpo experimenta un sentimiento de rechazo y tristeza. Sabe que aquel cuerpo debía ser suyo, aunque fuera concebido fuera de los lazos del matrimonio, estuviera malformado o no tuviera fuerza suficiente para vivir más que unas horas. Pero es espíritu siente a la vez compasión por la madre y sabe que su elección está basada en los conocimientos de los que dispone.

Vi muchos espíritus que sólo venían al mundo por un corto espacio de tiempo, que sólo vivían unas horas o unos días tras el nacimiento. Se sentían tan entusiasmados como los demás, sabían que tenían una misión que cumplir. Comprendí que su muerte estaba prefijada desde antes de su nacimiento, como sucede con todos nosotros. Esos espíritus no precisaban del desarrollo resultante de una vida mortal más prolongada, y su muerte proporcionaría a sus padres una oportunidad para crecer. El dolor que experimentamos aquí es intenso, pero breve. Cuando nos reencontramos, el dolor desaparece y sólo perdura la alegría por nuestra evolución y nuestra unión.

Me sorprendió descubrir cuantos planes y decisiones se forjaban en beneficio de los demás. Todos estábamos dispuestos a sacrificarnos por ellos. Todo apunta al crecimiento del espíritu: toda experiencia, don o debilidad actúa a favor de este

crecimiento. Las cosas de este mundo importan muy poco allí; casi nada. Todo se contempla desde una perspectiva espiritual.

Se establece un período de tiempo durante el cual cada uno de nosotros ha de completar su educación terrenal. Algunos espíritus sólo vendrán para nacer y aportar una experiencia a los demás y se marcharán rápido de este mundo. Otros vivirán hasta una vejez avanzada, cumplirán sus objetivos y beneficiarán a los demás con la oportunidad de ayudar. Unos vendrán para ser líderes o seguidores y otros para ser soldados, gente rica o gente pobre, pero el propósito, de su venida será el de que proporcionen situaciones y relaciones que nos ayuden para que aprendamos a amar.

Todos aquellos que se cruzan en nuestro camino contribuirán al cumplimiento de nuestra misión. Debemos sufrir la prueba de condiciones adversas que nos preparará para poner en práctica el mandamiento más importante de todos: amarnos los unos a los otros. Todos nos encontramos unidos por lazos colectivos mientras estamos en la tierra, unidos en ese supremo cometido: aprender a amarnos los unos a los otros.

Antes que concluyera la escena de la vida preterrenal de los espíritus, otro espíritu atrajo mi atención. Ella era uno de los seres más encantadores y fascinantes que había visto nunca. Estaba boyante de energía e irradiaba una alegría contagiosa a todos los que la rodeaban. Mientras la contemplaba con admiración, reconocí un sentimiento de estrecha unión entre las dos y el amor que ella sentía por mí. Mi recuerdo de aquel momento ha sido borrado casi por completo, pero sabía que nunca la olvidaría y no me cabía duda, de que fuera donde fuera, ella siempre sería un ángel especial.

Durante mi inspección de la existencia premortal, me quedé impresionada por la belleza y la gloria de cada espíritu. Sabía que había estado allí antes, que todos habíamos estado allí y que se nos había colmado de luz y de belleza. Entonces pensé respecto a todos nosotros: “Si perdieras verte a ti mismo antes de nacer, te asombraría tu gloria y tu inteligencia. El nacimiento es un sueño y un olvido”

El borracho

Nuestra venida a la Tierra se asemeja mucho a la elección de un colegio o de una carrera. Cada uno de nosotros se encuentra en un nivel distinto de desarrollo espiritual y aquí ocupamos los puestos que más se adaptan a nuestras necesidades espirituales. En el momento en que juzgamos a los demás por sus fallos o sus defectos, nosotros mismos manifestamos defectos similares. Aquí no disponemos de los conocimientos necesarios para valorar a las personas con justicia.

Como quisiesen ilustrar este principio, los cielos se abrieron y vi a la Tierra de nuevo. Esta vez mis ojos se posaron en la esquina de una calle de una gran ciudad. Allí, al lado de un edificio, había un hombre tirado en la acera, embrutecido por la bebida. Una de mis guías me preguntó: “¿Qué ves?”

“Pues un vagabundo que se revuelca borracho”, dije sin comprender por qué se me ofrecía aquel espectáculo.

Mis escoltas se agitaron. “Ahora verás quién es en realidad”, me dijeron.

Me revelaron su espíritu y vi un hombre magnífico, lleno de luz. Su ser emanaba amor y supe que era muy admirado en el cielo. Aquel ser sublime vino a la tierra como maestro para ayudar a un amigo con quien había establecido lazos espirituales

Su amigo era un eminente abogado cuyo despacho estaba pocas manzanas de aquella esquina. Aunque el borracho no guardaba ya recuerdo alguno del pacto hecho con su amigo, su propósito era advertirle de las necesidades ajenas. Supe que el carácter del abogado era compasivo por naturaleza, pero que la visión del borracho le impulsaría a hacer más por los necesitados. Supe que repararían uno en el otro y que el jurista reconocería al espíritu anidado en el borracho – al hombre dentro del hombre – y que se sentiría impulsado a hacerle un gran bien. Nunca serían conscientes de los papeles que habían pactado representar; no obstante, sus misiones serían cumplidas. El borracho había sacrificado su tiempo terrenal en beneficio de otra persona. Su evolución proseguiría y, más adelante, se le otorgarían otros elementos necesarios para su progreso.

Recordé que yo también me había encontrado con personas que me parecieron familiares. Cuando las conocí, sin saber por qué, sentí una afinidad inmediata, cierto tipo de reconocimiento. Ahora sabía que se habían cruzado en mi camino por una razón concreta. Siempre habían sido especiales para mí.

Mis escoltas interrumpieron estos pensamientos y me dijeron que nunca debía juzgar a los demás porque me faltaba el conocimiento puro. Los que pasaban por delante del borracho en la esquina no podían ver la nobleza de su espíritu y le juzgaban por las apariencias externas. Yo también era culpable de enjuiciamientos de ese tipo, yo también había juzgado a otros por su riqueza o por sus rasgos evidentes. Ahora veía que había sido injusta, que no sabía nada de sus vidas ni – lo que es más importante – de sus espíritus.

También pensé: “Porque pobres tendréis siempre con vosotros y podréis hacerles bien cuando queráis.” Pero el recuerdo de las Escrituras me incomodó. ¿Por qué están los pobres entre nosotros? ¿Por qué no puede Dios proveernos a todos? ¿Por qué no hace que el abogado comparta su fortuna con los demás? Las guías irrumpieron en mi pensamiento y dijeron: “Entre vosotros caminan ángeles que no reconocéis”.

Me quedé perpleja. Mis guías me ayudaron a comprender. Todos tenemos necesidades, no sólo los pobres. Todos nos hemos comprometido en el mundo espiritual a ayudarnos mutuamente. Pero nos lleva tiempo cumplir los pactos concertados tanto tiempo ha. Y el Señor envía a sus ángeles para impulsarnos, para que nos ayuden a cumplir nuestras obligaciones. Nunca nos fuerza, pero sí nos impulsa. Nosotros no sabemos quiénes son esos seres – su aspecto no tiene nada de particular -, pero nos acompañan más de lo que pudiéramos pensar.

No me sentí reprendida, pero supe que había malinterpretado – y subestimado – la ayuda del Señor. Él nos auxiliará en todo lo que pueda, pero sin interferir con nuestro libre albedrío. Debemos tener la voluntad de ayudarnos mutuamente. Tenemos que estar dispuestos a reconocer que los pobres merecen nuestra estima tanto como los ricos. Hemos de aceptar a todos los demás, incluso a aquellos que difieren de nosotros. Todos

merecen nuestro amor y nuestra bondad. No tenemos derecho a ser intolerantes o ariscos ni a sentirnos "hartos". No tenemos derecho a despreciar a los demás ni a condenarles en nuestro corazón. Lo único que nos podemos llevar de esta vida es el bien hecho a nuestros semejantes. Vi claramente que todos nuestros actos bondadosos y todas nuestras palabras compasivas volverán para compensarnos con creces en la otra vida. Nuestra fuerza nacerá de nuestra caridad.

Mis escolta y yo permanecemos un rato en silencio. El borracho había desaparecido. Mi alma se colmaba de amor y comprensión. ¡Ojala pudiera ayudar a los demás como aquel borracho a su amigo! ¡Ojala mi vida pudiera ser una bendición para ellos! Mi alma palpitaba al son de esta última verdad: nuestra fuerza nacerá de nuestra caridad.

Oración

Los conocimientos que se vertían en mi sobre la humanidad y el valor celestial de las almas me llenaba de humildad. Ansiaba más luz y saber más. Los cielos se abrieron de nuevo y vi la esfera terrestre que giraba en el espacio. Vi multitud de luces que se proyectaban desde la Tierra como focos. Unas eran potentes y se lanzaban al cielo cual poderosos rayos láser. Otras parecían la iluminación de pequeñas linternas de bolsillo y algunas no pasaban de débiles chispas. Me sorprendió saber que los haces poderosos eran las oraciones de la gente sobre la Tierra.

Vi que los ángeles se precipitaban para contestar a las oraciones. Su organización obedecía al principio de la mayor ayuda posible. Su actividad dentro de la organización consistía en volar literalmente de persona en persona, de oración en oración, y su trabajo les llenaba de alegría y amor. Les encantaba ayudarnos y su júbilo era grande cuando alguien rezaba con fe e intensidad suficiente como para suscitar una respuesta inmediata. Siempre respondían primero a las oraciones más potentes y más brillantes y acudían luego a las demás, hasta que atendían a todas ellas. Percibí, sin embargo, que las oraciones poco sinceras y repetitivas casi no emitían luz; y puesto que no tenían fuerza, muchas no eran oídas.

Me dijeron claramente que se escuchaban y se contestaban todas las oraciones que obedecían a un deseo. Cuando nuestra necesidad es grande o cuando rezamos por los demás, los haces se proyectan con fuerza y se hacen visibles de inmediato. También me dijeron que no hay oración más importante que la de una madre por sus hijos. Son las plegarias más puras, debido a su intenso deseo y, en ocasiones, a la desesperación que encierran. Las madres tienen la capacidad de dar el corazón a sus hijos y de implorar a Dios con mucha fuerza para que les ayude. No obstante, todos podemos alcanzar a Dios con nuestras plegarias.

Comprendí que, una vez pronunciadas las oraciones con nuestros deseos, debemos desprendernos de ellas y confiar en el poder de Dios para contestarlas. Él conoce nuestras necesidades en todo momento y sólo espera una invitación para ayudarnos. Su poder de responder a las oraciones es total, pero Él se debe a sus propias leyes y a nuestros deseos. Debemos invocar Su voluntad para que sea también la nuestra. Hemos de confiar en Él. Cuando pidamos con deseo sincero, sin albergar dudas, seremos satisfechos.

Nuestras oraciones por los demás tienen gran poder, pero sólo serán contestadas en tanto no infrinjan su libre albedrío o mientras no frustren sus necesidades. Dios nos deja actuar con plena libertad, pero también está dispuesto a ayudarnos en todo lo posible. Si la fe de nuestros amigos es débil, la fuerza de nuestro espíritu les sostiene, literalmente. Si están enfermos, nuestra fe y nuestras oraciones pueden darles fuerza para sanar, salvo que su enfermedad forme parte de una experiencia de crecimiento.

Cuando su muerte parece inminente, debemos pedir siempre que se haga la voluntad de Dios; de lo contrario, frustraríamos a la persona en transición y le crearíamos un conflicto de deseos. La gama de ayuda que podemos ofrecer a los demás es inmensa. Somos capaces de prestar un bien mayor de lo que imaginamos a nuestras familias, amigos y demás personas.

Todo parecía muy sencillo; demasiado sencillo al principio. Siempre había creído que la oración era un asunto que necesitaba tiempo. Que debíamos insistir ante el Señor y seguir insistiendo hasta que algo sucediera. Yo tenía mi propio sistema. En principio pedía algo que creía necesario. Luego recurría al soborno e insinuaba que serviría Sus intereses si me ayudaba. Y, si esto fracasaba, empezaba a regatear y ofrecía algún acto específico de obediencia o de sacrificio para ganarme Su bendición. Luego, desesperada, Le suplicaba y, cuando todo lo demás fallaba, tenía una rabieta. Con este sistema había conseguido muchas menos respuestas a mis plegarias de las deseadas por mí.

Ahora comprendía que mis oraciones eran un despliegue de dudas. Mi táctica era el resultado de mi falta de fe en Su voluntad de responder a mis necesidades. Dudaba que fuera justo, incluso capaz, y ni siquiera sabía con certeza si me escuchaba. Todas esas dudas creaban una barrera entre Dios y yo.

Ahora comprendía que Dios no sólo escucha nuestras oraciones sino que conoce nuestras necesidades mucho antes de que nosotros nos percatemos de ellas. Ví que Él y Sus ángeles están dispuestos a responder a nuestras plegarias. Ví que las oraciones les hacen felices. Comprendí, si embrago, que Dios nos mira desde una perspectiva que nunca podremos abarcar. Él escudriña la eternidad de nuestro pasado y nuestro futuro y conoce nuestras necesidades eternas. En Su amor infinito, responde a las plegarias de acuerdo con esta perspectiva eterna y omnisciente. Responde a la perfección a todas las oraciones.

Ví que no había necesidad alguna de repetirlas incesantemente, como si Él fuese incapaz de entender. Lo que hace falta es amor y paciencia. Él nos ha dado nuestro libre albedrío y nosotros permitimos que su voluntad obre en nuestras vidas cuando le invocamos.

Y comprendí lo importante que es darle las gracias por las cosas recibidas. La gratitud es una virtud eterna. Debemos pedir con humildad y recibir con gratitud. Cuando Le agradecemos la bendición que nos envía, abrimos el camino para recibir más. Su deseo de bendecirnos es infinito. Si abrimos nuestras mentes y nuestros corazones para recibir Su bendición, también nosotros nos llenaremos hasta rebosar. Sabremos que Él existe. Podremos ser como los ángeles, que ayudan a los necesitados.

Con la ayuda y la oración, nuestra luz resplandecerá siempre. La misericordia es el aceite de nuestra lámpara, destilado de nuestro amor y nuestra compasión.

El consejo de los hombres

Mis escoltas y yo aún estábamos en el jardín, recobré la conciencia de mi entorno y perdí de vista la Tierra. Me llevaron del jardín a un gran edificio. Al entrar, me quedé impresionada por sus detalles y su belleza exquisita. Allí los edificios son perfectos; cada línea, cada ángulo y ornamento están creados para complementar a la perfección la estructura entera y generan una sensación de totalidad e inevitabilidad. Cada forma, cada creación, constituye una obra de arte.

Me condujeron a una estancia construida y amueblada con gusto exquisito. Entré y vi un grupo de hombres sentados en torno a la curva mayor de una mesa en forma de riñón. Me llevaron ante ellos y me colocaron ante la hendidura de la mesa. En seguida me di cuenta de esto: había doce hombres – hombres -, pero ninguna mujer.

Como pensadora bastante independiente en la Tierra, estaba sensibilizada por el papel de las mujeres en el mundo. Me preocupaban sus derechos a la igualdad y a un tratamiento justo y tenía ideas muy claras con respecto a su capacidad para competir con los hombres en condiciones de igualdad en casi todos los terrenos. Pude haber reaccionado negativamente frente a aquel consejo de hombres sin ninguna mujer, pero empezaba a adquirir una nueva perspectiva respecto a las diferencias entre el papel masculino y el femenino.

Era una perspectiva que comenzó a perfilarse ya cuando presenciaba la creación de la Tierra. En aquel momento había visto las diferencias entre Adán y Eva. Vi que Adán se encontraba más satisfecho con su situación el Jardín, mientras que Eva se sentía más inquieta. Comprendí que ella deseaba ser madre con tanto ardor que estaba dispuesta a arriesgar su vida para ello. Eva no “sucumbió” a una tentación, sino que tomó la consciente decisión de crear las condiciones necesarias para su progreso, y su iniciativa sirvió para que, finalmente, Adán probara la fruta. Al probarla introdujeron a la humanidad en la mortalidad y crearon las condiciones precisas para poder tener hijos; pero también para morir.

Observé que el espíritu de Dios se posaba sobre Eva y comprendí que las mujeres tenían un papel único en el mundo. Vi que la constitución emocional femenina es más abierta al amor y permite que el Espíritu de Dios repose en ella más plenamente. Comprendí que el papel de madre creaba una relación especial con Dios, pues ambos son creadores.

También entendí el peligro que corrían las mujeres por la amenaza de Satanás. Vi que él empleaba en el mundo el mismo ardid que utilizó en el Jardín. Se empeñaba en destruir a las familias y a la humanidad tentando a las mujeres. La revelación me turbó, pero sabía que era cierta. Su plan parecía evidente. Atacaría a las mujeres aprovechando sus inquietudes y se apoyaría en la fuerza e sus emociones; las mismas emociones que hicieron posible que Eva actuara cuando Adán estaba demasiado satisfecho con su

condición. Comprendí que Satanás atentaría contra la relación entre esposos, que emplearía la atracción sexual y la codicia para distanciarles y destruir los hogares.

Vi el daño que sufrirían los hijos por la ruptura de sus familias y los temores y – posiblemente – la culpa que pesarían sobre las mujeres; culpa por la disolución de sus hogares y temor ante el futuro. Satanás podría, entonces, aprovechar el miedo y la culpabilidad para destruir a las mujeres y su misión divina en la Tierra. Me dijeron que, cuando Satanás se hubiera apoderado de las mujeres, los hombres le seguirían fácilmente. Así que empecé a discernir la diferencia entre el papel masculino y el femenino y comprendí su necesidad y su belleza.

Bajo esta nueva perspectiva, no reaccioné ante aquel consejo compuesto sólo por hombres. Aceptaba que ellos tenían un papel que desempeñar y yo otro. Los hombres irradiaban amor hacia mí y me sentí inmediatamente en paz con ellos. Juntaron sus cabezas para deliberar. A continuación, uno de ellos me dirigió la palabra. Me dijo que mi muerte había sido prematura y que debía regresar a la Tierra. Sentí que me decían que era importante que yo volviera a la Tierra, que debía cumplir una misión, pero mi corazón se resistía a ello.

Aquel era mi hogar y pensaba que nada de lo que me dijeran podría convencerme para que me marchara. Los hombres deliberaron de nuevo y me preguntaron si deseaba examinar mi vida. Su solicitud parecía más una orden. Dudé; nadie quiere que su pasado mortal sea revisado en ese lugar de amor y pureza. Me dijeron que era importante que yo lo viera y accedí. Una luz apareció a mi lado y sentí el amor del Salvador.

Di un paso a la izquierda para seguir la revisión. Se produjo en el mismo lugar donde me encontraba. Mi vida apareció ante mí de manera semejante a lo que podríamos considerar como hologramas de alta definición, aunque a una velocidad tremenda. Me quedé asombrada de mi capacidad de aprehender tanta información a tal velocidad. Pude abarcar mucho más de los acontecimientos que recuerdo a lo largo de mi vida. No sólo volví a experimentar mis propias emociones en cada momento sino también las que sentían los que me rodeaban. Conocí sus pensamientos y sus sentimientos hacia mí.

Había momentos en los que las cosas se me revelaban bajo una luz nueva. “Si – me decía a mí misma -. Ah, sí. Ahora lo veo. ¿Quién lo hubiera dichos? Pero claro, así tiene sentido.” Pude experimentar las decepciones que causé en otros y me sobrecogían sus sentimientos de frustración, que se mezclaban con mis propios sentimientos de culpa. Empecé a temblar. Veía – y sufría – el dolor que mi temperamento arisco había causado. Era consciente de mi egoísmo y mi corazón lloraba en busca de consuelo. ¿Cómo puede ser tan insensible?

Entonces, sumida en mi dolor, sentí que el amor del Consejo me envolvía. Ellos observaban mi vida con comprensión y misericordia. Todo lo mío entraba en consideración: la forma en que fui criada, las cosas que me habían enseñado, el dolor que me causaron los demás, las oportunidades que se me brindaron y las que nunca me fueron ofrecidas. Y supe que el Consejo no me estaba juzgando. Yo misma era mi propio juez. Su amor y su piedad eran absolutos. Su respeto por mí nunca mermaría. Sentí profunda gratitud por su amor; y comenzó la siguiente fase de la revisión.

Me mostraron el “efecto-onda”, como lo llamaron. Comprendí que había sido injusta con otras personas y que ellas, a su vez, habían cometido la misma injusticia contra terceros. La cadena proseguía de víctimas en víctima, como si de piezas de dominó se tratara, hasta que volvía a donde había empezado: a mí, la ofensora. Las ondas emitidas regresaban a su fuente. Yo había ofendido a muchas más personas de lo que me imaginaba y mi dolor aumentó y se hizo insostenible.

El Salvador dio un paso hacia mí, lleno de amor e interés. Su espíritu me dio fuerzas y Él me dijo que me juzgaba con demasiada severidad. “Estás siendo muy dura contigo misma”, me dijo. Luego me mostró el reverso del efecto-onda. Me vi a mí misma realizando un acto de bondad, un simple acto de altruismo, y las ondas aparecieron de nuevo. La amiga con la que yo había sido buena mostró bondad a su vez con otra de sus amigas, y la cadena se repitió.

Vi como el amor y la felicidad crecía en la vida de los demás por un simple acto mío. Vi el aumento de su felicidad y la manera en que afectaba a sus vidas positivamente, en algunos casos de forma decisiva. Mi dolor dio paso a la alegría. Yo sentía el amor que ellos sentían, y también su gozo. Y todo debido a un solo acto de bondad. Un pensamiento poderoso surgió en mi mente y me lo repetía una y otra vez. “El amor es, realmente, lo único que importa. El amor es, realmente, lo único que importa y el amor es ¡alegría!” Recordé el pasaje de las Escrituras que decía: “Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10: 10), y mi alma se llenó de júbilo.

Todo parecía muy sencillo. Si somos bondadosos, habrá alegría en nuestras vidas. Y de repente formulé esta pregunta: “¿Por qué no he sabido todo esto antes?” Jesús, o quizá uno de los hombres, me dio la respuesta, que se quedó grabada en mí. Caló hasta los pliegues más recónditos de mi alma y cambió de una vez por todas mi actitud ante los problemas y las tribulaciones: “Tanto las experiencias positivas como las negativas son necesarias en la Tierra. Antes de conocer la alegría, se debe conocer la tristeza”.

Ahora todas mis vivencias adquirirían un nuevo significado. Comprendí que no había verdaderos errores en mi vida. Cada una de mis experiencias no era más que un medio para mi progreso. Mis vivencias tristes me habían permitido comprenderme mejor a mí misma, hasta que pude aprender a evitarlas. También vi que mi capacidad de ayudar a los demás aumentaba. Incluso supe que gran parte de mis experiencias habían sido orquestadas por mis ángeles guardianes. Algunas eran tristes y otras felices, pero todas habían sido planeadas para llevarme a un nivel de conocimiento superior. Vi que los ángeles guardianes permanecían a mi lado a lo largo de mis desventuras y que me ayudaban en todo lo posible. A veces había muchos a mi alrededor y en ocasiones pocos, según mis necesidades.

Al revisar mi vida descubrí que a menudo repetía los mismos errores, cometía los mismos actos dañinos una y otra vez, hasta que, finalmente, aprendía la lección. Pero también descubrí que, cuanto más aprendía, más oportunidades se abrían ante mí. Se abrían, literalmente. Muchas de las cosas que creía haber logrado yo sola, se revelaban como resultado de la ayuda divina.

De manera que la revisión pronto dejó de ser una experiencia negativa y se convirtió en netamente positiva. Cambió mi modo de verme a mí misma y pude contemplar mis pecados y mis fallos bajo una luz multidimensional. Si; había sido dolorosos para mí y para los demás, pero eran un medio de aprendizaje, una herramienta con la que corregir mi manera de pensar y mi comportamiento. Comprendí que los pecados perdonados desaparecen. Es como si quedaran sepultados bajo una nueva comprensión, una nueva dirección en la vida.

Esta nueva comprensión supone el abandono natural del pecado. Aunque éste desaparezca, sin embargo el resultado educativo de la experiencia pervive. Es así como los pecados perdonados me sirven para crecer y aumentar mi capacidad de ayuda a los demás.

Aquel conocimiento más profundo me aportó la perspectiva necesaria para poder perdonarme de verdad. Y comprendí que el perdón de uno mismo es el punto de partida para el perdón de los demás. Si no soy capaz de perdonarme a mí misma, me será imposible perdonar a los otros. Y debo perdonarles. Lo que doy es lo que recibo. Si deseo su perdón, debo darles el mío.

También descubrí que aquellos comportamientos que más criticaba en los otros – los que menos podía perdonar – eran, casi siempre, comportamientos que yo misma manifestaba o temía manifestar. Me sentía amenazada por el reflejo de mis propias debilidades en los demás, o por mis debilidades potenciales.

Vi cuán perjudicial puede ser el anhelo de las cosas mundanas. El auténtico progreso se produce en el plano espiritual: las cosas terrenales, las posesiones y los deseos desmedidos ahogan el espíritu. Se convierten en dioses, nos encadenan a la carne y no somos libres para experimentar el crecimiento y la felicidad que Dios desea para nosotros.

Otra vez me dijeron no con palabras sino a través de los que veía – que lo más importante que puedo hacer en la vida es amar a los demás como a mí misma. Pero, para conseguirlo, primero debo amarme a mí misma sinceramente. La Luz y la belleza de Cristo estaban dentro de mí - ¡Él lo veía! – y yo tenía que buscar en mi interior para encontrarlas. Como si de una orden se tratara, lo hice de inmediato y vi que había reprimido la auténtica hermosura de mi alma. Debía dejar que brillara de nuevo como antaño.

La revisión de mi vida había concluido, los hombres permanecían inmóviles e irradiaban amor absoluta hacia mí. El Salvador estaba allí, rodeado de Su luz, sonriente y contento con mi progreso. Los hombres volvieron a deliberar y se dirigieron a mí. “Tu misión en la Tierra aún no se ha cumplido” dijeron. “Debes regresar. Pero no te obligamos; la elección es tuya.”

Sin vacilar ni por un instante, dije:”No, no. No puedo volver. Yo pertenezco a este lugar. Éste es mi hogar”. Permanecí firme, pues sabía que nada me forzaría a marchar.

Uno de los hombres habló, también con firmeza: “Tu obra no está terminada. Es mejor que vuelvas”.

Yo no iba a regresar. Niña aún, había aprendido cómo ganar una pelea y ahora emplearía toda mi habilidad. Me eché al suelo y empecé a llorar. “No pienso volver – me lamentaba - ¡y nadie va a obligarme! Yo me quedo aquí, que es mi hogar. ¡Ya no tengo nada que ver la Tierra!”

Jesús no estaba lejos de mí, se encontraba a cierta distancia a mi derecha y todavía irradiaba Su brillante luz. Se adelantó y pude sentir Su preocupación. Pero, mezclada con ella, había cierta sensación de diversión.

Él todavía estaba encantado conmigo, comprendía mi estado de ánimo, y percibí Su simpatía por mi deseo de quedarme. Me levanté y Él se dirigió al consejo: “Mostrémosle en qué consiste su misión”. Se volvió hacia mi y dijo: “Se te dará a conocer tu misión para que puedas tomar una decisión bien ponderada. Pero, después, deberás decidir. Si regresas a tu vida terrenal, tu misión y gran parte de lo que has visto aquí serán borradas de tu memoria”.

Accedí aunque a regañadientes y me revelaron mi misión.

Después supe que debía volver. Aunque detestaba la idea de abandonar aquel mundo glorioso de luz y de amor por otro de problemas e incertidumbres, la necesidad de mi misión me obligaba a regresar. Pero antes recibí una promesa de todos los presentes, Jesús incluido. Les hice prometer que, en el momento mismo de cumplirse mi misión, me llevarían a mi hogar. No estaba dispuesta a pasar ni un minuto más de lo imprescindible en la Tierra. Mi hogar se encontraba junto a ellos. Estuvieron de acuerdo con mis términos y se puso en marcha el proceso de mi regreso.

Entonces el salvador Se me acercó y me dijo lo feliz que Le hacía mi decisión. Me recordó que, tras mi vuelta a la Tierra, ya no tendría memoria de lo que había visto relacionado con mi misión. “Mientras estés en la Tierra, no debes pensar en tu misión – dijo -. Se cumplirá cuando llegue su tiempo.”

“¡Qué bien me conoce!”, pensé. Yo sabía que, en caso de poder recordar mi misión terrenal, la llevaría a término con toda la celeridad posible – y, probablemente, de manera ineficaz -. Se hizo como el Salvador dijo. Los detalles de mi misión han sido apartados de mi memoria. No queda rastro y, curiosamente, tampoco deseo alguno de recordar.

En cuanto a la promesa del Señor de llevarme en el momento en que hubiera cumplido la misión, Sus últimas palabras aún sueñan en mis oídos. “Los días en la Tierra son cortos. No estarás allí mucho tiempo y pronto volverás aquí”.

La despedida

De pronto, miles de ángeles me rodearon. Estaban exultantes, satisfechos por mi decisión de volver. Oí sus ovaciones; me apoyaban con su amor y me daban ánimo.

Mientras les miraba a todos, con el corazón fundido en mi amor por ellos, empezaron a cantar. Ninguna de las músicas oídas en mi vida se podía comparar con

aquello, ni siquiera la melodía del jardín. Era algo grandioso, glorioso, impresionante, y dirigido especialmente a mí. Resultaba sobrecogedor. Cantaban espontáneamente, partituras no tanto memorizadas como sabidas y sentidas en ese instante. Sus voces eran puras y cada nota, dulce y cristalina.

No recuerdo lo que cantaban, pero dijeron que no era la última vez que les oiría. Yo sollozaba sin disimulo, impregnada de su amor y de la música celestial, casi sin poder creer que un alma insignificante como la mía se hallara en el centro de tanta adoración. Y supe que nadie es insignificante en las eternidades. Cada alma tiene un valor inconmensurable. Mi espíritu se henchía de humildad y gratitud; entonces tuve una última visión de la Tierra.

Los cielos se abrieron y vi el planeta y los miles de millones de personas que lo pueblan. Les vi como luchaban por ganarse la vida, cometían errores, conocían la bondad, encontraban el amor, lloraban la muerte; vi a los ángeles que volaban sobre ellos. Los Ángeles sabían los nombres de todos y les seguían de cerca. Vitoreaban el bien y lamentaban los desaciertos. Nunca se alejaban, para ayudar, aconsejar y dar protección. Vi que, si lo pedimos con fe, somos capaces de convocar a miles de ángeles en nuestra ayuda.

Comprendí que todos somos iguales para ellos, los grandes y los pequeños, los dotados y los impedidos, los líderes y los seguidores, los santos y los pecadores. Todos somos valiosos y nos cuidan con dedicación. Su amor nunca nos abandona.

La visión desapareció y yo miré por última vez a mis amigos eternos, a las dos mujeres que me habían guiado, a mis tres fieles ángeles custodios y a muchos de los que había conocido y amado. Eran magníficos, nobles y gloriosos y yo sabía que sólo había vislumbrado una ínfima parte de sus almas. Se me había concedido el privilegio de contemplar una reducida antesala de los cielos, tan sólo una parte de aquel hogar paradisiaco. Allí, y en los corazones de los que allí moran, existe un saber más profundo de lo que mis sueños más atrevidos pudieran imaginar.

Allí nos esperan planes, caminos y verdades, algunos de los cuales existen desde la eternidad mientras que otros están por hacer. Se me mostró un atisbo de las cosas celestiales, un atisbo que yo adoraré siempre. Sabía que los ángeles que cantaban y llenaban mi corazón de amor constituían mi última experiencia gloriosa en aquel mundo. Mientras expresaban su amor y apoyo, comencé a llorar. Volvía a casa.

Mi regreso

No hubo adioses; sencillamente me encontré de nuevo en la habitación del hospital. La puerta seguía abierta, la luz estaba todavía encendida encima del lavabo y, sobre la cama bajo las mantas, se encontraba mi cuerpo. Me quedé suspendida en el aire lo miré con repulsión. Se le veía frío y pesado, me recordaba un viejo mono de trabajo arrastrado por mugre y el barro. Yo, en cambio, me sentía como si acabase de darme una larga ducha relajante; ahora tenía que ponerme aquella ropa pesada, fría y enlodada.

Pero sabía que debía hacerlo – lo había prometido – y tenía que darme prisa. Si vacilaba un segundo más, me faltaría el valor y huiría. Mi espíritu se deslizó rápidamente en el interior del cuerpo. Una vez asumido el compromiso, su cumplimiento formaba parte de un proceso natural sobre el cual poco control podía ejercer.

El torpe peso y la frialdad del cuerpo resultaban aborrecibles. Sufrí una serie de sacudidas en su interior, como si me recorrieran muchos voltios de electricidad. Sentí de nuevo su dolor y su malestar y me vi abrumada por un desconsolador sentimiento de depresión. Después del gozo de la libertad espiritual, volvía a ser prisionera de la carne.

Allí yacía, atrapada en el cuerpo, cuando al lado de la cama aparecieron mis tres antiguos amigos. Mis queridos monjes, mis espíritus custodios, habían venido para reconfortarme. Yo me encontraba tan débil que era incapaz de saludarles como hubiera deseado. Ellos eran mi último asidero a la belleza y a la pureza del mundo que había visitado y deseaba ardientemente extender mis brazos hacia ellos y agradecerles su dulce y eterna amistad. Quería decirles una vez más; “Os quiero”. Pero sólo era capaz de mirarlos con ojos que se llenaban de lágrimas y confiar en que comprendieran.

No era necesario hablar; lo entendían todo. Se quedaron a mi lado, silenciosos, me miraban a los ojos e irradiaban su amor, me inundaban con un espíritu que dominaba mi dolor. Durante unos cuantos valiosísimos segundos, nuestras miradas se cruzaron y nos comunicamos de corazón a corazón. En ese espacio de tiempo me dieron un mensaje que recordaré siempre como prueba sagrada de nuestra amistad imperecedera.

Su presencia y sus palabras fueron muy reconfortantes. Sabía que ellos no sólo conocían mis sentimientos sino también mi nuevo camino en la vida, el dolor que me supondría la pérdida de su amor, las frustraciones de la vida terrenal, los difíciles viajes que me aguardaban. Estaban satisfechos con mi decisión de volver a la Tierra. Mi elección había sido acertada. “Pero por el momento – me dijeron – descansa un poco.” Y produjeron una sensación de mucha paz y relajación en mí. Sentí que me cubría y empecé a hundirme en un sueño profundo y reparador. Me fui a la deriva rodeada de su belleza y de su amor.

No sé el tiempo que permanecí dormida. Cuando volví a abrir los ojos eran las dos de la madrugada. Habían pasado más de cuatro horas desde mi muerte. No sabía cuánto tiempo estuve en el mundo de los espíritus, pero cuatro horas no parecían suficientes para todo lo que me había sucedido. Tampoco sabía si los médicos habían tomado medidas para reanimarme ni si alguien había entrado en la habitación para verme.

Ahora ya me sentía descansada, pero seguía incapaz de salir de mi profunda depresión. Entonces empecé a revivirlo todo, dejé que mi experiencia permeara mis pensamientos, y me asombro saber que yo había conocido realmente al Salvador del mundo y que había estado en Sus brazos.

Al recordar el saber recibido en Su presencia empecé a recobrar mis fuerzas y supe que Su luz siempre me apoyaría y me reconfortaría en los momentos de necesidad.

Estaba a punto de cerrar los ojos y dormir cuando percibí un movimiento cerca de la puerta. Traté de apoyarme en un codo para ver mejor y discerní la cabeza de una criatura que asomaba por el hueco. Me encogí, asustada. Entonces otra hizo su aparición. Aquellas criaturas tenían el aspecto más horrendo y grotesco que se puede imaginar. Cinco de ellas traspasaron el umbral y me quedé casi paralizada de miedo.

Parecían mitad hombres mitad animales: seres bajitos y musculosos, con largas uñas o garras y rostros salvajes, aunque humanos. Gruñían, rezongaban y bufaban mientras se acercaban. Estaban cargados de odio y yo sabía que querían matarme. Intenté gritar, pero estaba demasiado débil y demasiado paralizada por el miedo para moverme. Yacía indefensa y ellos se acercaron a unos dos metros de la cama.

De repente, una enorme campana de luz, una bóveda casi cristalina me cubrió, y las criaturas se abalanzaron contra ella, evidentemente conscientes del peligro que les suponía. La bóveda me protegía en tanto ellas la embestían frenéticamente, intentando escalarla para ganar una posición más ventajosa. Pero la bóveda era demasiado alta para ser escalada y su frustración aumentaba. Chillaban y maldecían y resoplaban y empezaron a escupir. Yo estaba atrapada en la cama y me sentía aterrorizada. Las criaturas insistían y yo ignoraba si la bóveda aguantaría. Ni siquiera sabía lo que era.

Cuando creí que ya no podría soportarlo más y que sucumbiría a mi terror, aparecieron de nuevo en la habitación mis tres ángeles adorables, los monjes, y las criaturas huyeron. Los ángeles me pidieron que no temiera nada, que estaba protegida. Me dijeron que el diablo se había enfurecido con mi decisión de regresar a la Tierra y que había mandado aquellos demonios poderosos para destruirme. Me explicaron que la bóveda me cubriría por el resto de mi vida.

Me advirtieron que los demonios intentarían agredirme de nuevo y que podría verles u oírles en el futuro, pero que la bóveda me protegería. “Has de saber también – me dijeron – que siempre estamos cerca de ti para ayudarte y darte ánimos.” Para mí tristeza, los monjes se fueron en pocos instantes.

Aquella fue la última visita de mis tres ángeles custodios. Les llamo “mis monjes” cariñosamente pero sé que son tres de mis mejores amigos en la eternidad. Ansío el día en que podamos volver a abrazarnos y renovar nuestra amistad eterna.

Cuando los ángeles se fueron, los demonios reaparecieron, pero la bóveda les mantenía apartados de mí. Cogí el teléfono y llamé a mi marido y empecé a explicarle que había demonios en la habitación. Él creyó que yo sufría alucinaciones e hizo que una de nuestras hijas permaneciera al teléfono mientras él acudía al hospital a toda prisa.

Al cabo de diez minutos Joe atravesó la puerta de la habitación. Él no podía ver las criaturas, pero se acercó a mi cama y me cogió de la mano mientras yo intentaba explicarle lo que sucedía. Pronto las criaturas se frustraron y me abandonaron; no volvieron aquella noche. Me sentí aliviada y empecé a tranquilizarme. Luego traté de contar a Joe algo de mi experiencia mortal. En aquel momento no entré en muchos detalles, pero él comprendió que algo importante había ocurrido y se mostró lleno de amor y de preocupación por mí.

Puede que los Ángeles se hubieran marchado, pero ahora tenía a Joe, que me tranquilizaba y me protegía. El amor que me transmitía quizá no fueran tan poderoso como el de los Ángeles o el de Cristo mas, no obstante, era maravilloso y muy reconfortante. El amor que compartimos como mortales no es perfecto pero, aun así, posee un gran poder de ayuda y de curación.

Joe se quedó a mi lado mientras mi espíritu entraba y salía de ambos mundos, como si mi regreso no fuese permanente. Recuerdo que vinieron médicos y enfermeras: yo no sabía qué hacían, ni siquiera cuánto tiempo llevaban allí, pero percibía la tensión y la ansiedad de sus esfuerzos. Durante aquel período de tiempo tuve más visiones del mundo espiritual y contemplé muchas cosas maravillosas, cosas de este mundo y también del otro. Entonces tuve una nueva experiencia poderosa, no en forma de visión sino de visita.

Una hermosa niña entró en la habitación. No tendría más de dos o tres años y había sido aquella única niña del mundo espiritual. Emanaba un halo de luz dorada, que resplandecía al moverse por la habitación. Parecía bastante interesada en Joe y, en un momento en que los médicos y las enfermeras salieron de la habitación pregunté si él podía verla. No podía. Ella tenía la gracia de una bailarina, caminaba prácticamente de puntillas y realizaba pequeños gestos como de danza. Su espontaneidad y su felicidad me impresionaron de inmediato.

Se acerco a Joe y, apoyada en la punta de su zapato, mantuvo el equilibrio sobre una pierna, extendió la otra hacia atrás, tal como haría una bailarina, y se agachó hacia delante para hurgar en el bolsillo del pantalón de Joe. Aquel gesto suyo me fascinó. Le pregunté qué hacía. Se volvió y se rió con una sonrisa traviesa y supe que me había oído. Pero no respondió. Yo percibía su alegría, la felicidad pura y exuberante que la invadía. Entonces desapareció de mi vista y nunca ha vuelto a aparecer, pero sé que nunca la olvidaré.

A lo largo de las siguientes horas, médicos y enfermeras entraron y salieron de la habitación continuamente, atentos a mi evolución. Aunque estaban mucho más pendientes de mí que la noche anterior, ni Joe ni yo les contamos nada de mi experiencia. A la mañana siguiente, uno de los médicos dijo: "Pasaste un mal rato ayer noche. ¿Puedes decirme qué sentías?" Era incapaz de contárselo y dije que había sufrido pesadillas. Comencé a descubrir que me resultaba difícil hablar de mi viaje al Más Allá y pronto empecé a resistirme a compartirlo siquiera con Joe. Parecía que las palabras desvirtuaban mi vivencia.

Aquella experiencia era sagrada. Pasaron unas semanas y les conté algo más a Joe y a mis hijos mayores. No dudaron en apoyarme y disiparon mi temor ante la idea de explicar lo sucedido a mi familia. Los años venideros me deparaban un gran aprendizaje y crecimiento. De hecho, los años siguientes iban a ser los más difíciles de mi vida.

Mi recuperación

Me sumí en una profunda depresión. No podía olvidar las escenas de belleza y de paz del mundo espiritual y deseaba ardientemente volver allí. La vida seguía en torno mío y yo empecé a temerla, incluso la odiaba a veces, y rezaba por mi muerte. Pedía a Dios que me llevara a casa, que por favor, por favor me relevara de esta vida y de mi misión desconocida. Presenté síntomas de agorafobia y tenía miedo a salir de casa. Recuerdo una época en que miraba el buzón de la correspondencia desde mi ventana y deseaba encontrar el valor para acercarme a él. Me hundía en mí misma, moría una muerte lenta y, aunque Joe y los niños me daban su pleno apoyo, sabía que me alejaba de ellos.

Finalmente el amor por mi familia fue lo que me salvó. Comprendí que mi autocompasión no les hacía ningún bien. Debía unirme a la vida de nuevo, forzarme a dejar atrás el mundo espiritual y seguir adelante. Me obligué a salir de casa y, gradualmente, empecé a tomar parte en las actividades de mis hijos: los deberes del colegio, las obras caritativas, los grupos religiosos, los campamentos, las vacaciones familiares...No sucedió de golpe, pero la vida volvió a ser agradable. Aunque mi corazón no dejó nunca el mundo espiritual, mi amor por este mundo floreció y se fortaleció más que nunca.

Cinco años después de mi experiencia de muerte, sentí deseos de volver al hospital y averiguar qué pudo ocurrirme físicamente aquella noche. Hasta el momento, los médicos no me lo habían explicado nunca y yo jamás les había preguntado. Para entonces. Ya había contado mi experiencia a unos pocos amigos y todos me hacían la misma pregunta: “Pero, ¿los médicos sabían que habías muerto?” Yo no necesitaba una confirmación facultativa para saber que había muerto – Jesús me lo había dicho en persona – pero mis amigos querían más información.

Concerté una cita con el cirujano que me intervino y fui a su consulta. La sala de espera estaba llena de señoras que aguardaban verle; la enfermera me dijo que iba retrasado. Me sentí avergonzada por ocupar su tiempo, tan valioso; aquellas otras personas le necesitaban más que yo. Pero esperé de todos modos y por fin me acompañó a su despacho.

Él me reconoció en seguida y quiso saber en qué podía servirme. Yo mencioné la operación y me contestó que la recordaba. Entonces dije que necesitaba saber la verdad acerca de las posibles complicaciones que pudieron surgir la noche después de la intervención. Me preguntó por qué quería saberlo, y le conté parte de mi experiencia. Pasaron cuarenta y cinco minutos.

La sala seguía testada de gente que esperaba verle, pero el médico no se movía. Para concluir, le dije que no pretendía presentar una querrela, sólo deseaba saber cuál había sido el problema, que era muy importante para mí. Sin hablar, se levantó y se dirigió hacia sus ficheros. Cuando volvió, sus ojos estaban llenos de lágrima. Sí, dijo, hubo complicaciones aquella noche; me habían perdido durante un rato, pero les había parecido mejor no decirme nada. Y prosiguió para contarme lo ocurrido.

Yo había sufrido una hemorragia en el curso de la operación y una pérdida de sangre se reprodujo más tarde, por la noche. Morí mientras se hacía el cambio de turno del personal y, puesto que me quedé desatendida, no sabían exactamente cuánto tiempo estuve muerta. El médico y las enfermeras me atendieron, me pusieron una inyección y me administraron más medicamentos y suero intravenoso a lo largo de la mañana. Después de escucharle, supe a ciencia cierta que él y el personal del hospital habían hecho todo lo posible por mí.

Le pregunté por qué lloraba y el médico me dijo que eran lágrimas de felicidad. Hacía poco tiempo que había perdido a un ser querido y mi historia le daba esperanza. Mi experiencia de un mundo más allá le consolaba. Dijo también que recordaba una vivencia similar de otros pacientes, hacía ya unos años, y que muchos de los detalles coincidían. Le reconfortaba saber que la vida no acaba con la muerte y que nos volveremos a encontrar con los miembros de nuestra familia. Le aseguré que había importantes razones por las que esperar una vida gloriosa después de ésta, una vida mucho más gloriosa de lo que somos capaces de imaginar.

Cuando salí de su consulta me sentía libre. Ya podía dejar atrás para siempre los pormenores de mi muerte física. Ya podría decir a los demás con toda sinceridad lo que siempre había sabido: que había muerto de verdad y que había regresado a la vida.

Mi ángel especial

Un año después de mi visita al médico, seis años después de mi experiencia, mi hermana Dorothy nos contó una extraña historia. Me habló de una mujer embarazada cuyo bebé sería dado en adopción. Ella y su marido eran alcohólicos y ya les habían quitado otro hijo debido a problemas anteriores. Desgraciadamente, la familia que había acogido al primer niño tenía demasiados hijos y no podía aceptar también a éste. El bebé era indígena y ellos deseaban que lo criara una familia de padres indígenas, preferentemente dentro de su misma extensa familia.

Dorothy sabía que yo había estado deprimida y pensó que si me ocupaba de un nuevo bebé – éste sería el octavo, recobraría la normalidad más fácilmente. Me dijo que necesitaban que alguien se hiciera cargo del bebé durante un par de meses. Lo comenté con Joe y con la familia y, aunque acababa de apuntarme al colegio de la comunidad para iniciar un trabajo de licenciatura, consideré la posibilidad. Mi hija Cheryl esperaba un hijo y me prometió que vendría cada día para ayudarme y para familiarizarse con los cuidados infantiles, Joe dijo que no le importaría volver a abrazar a un pequeño, nuestro hijo menor tenía ya doce años.

Contesté que sí, y cuando la asistente social trajo una adorable niña a casa todo estaba preparado para ella; habíamos rescatado la vieja cuna que guardábamos para nuestros nietos, y también otras cosillas variopintas que habían sido usadas por nuestros propios niños. La quise en seguida y se creó un lazo que sabía sería difícil de romper. No dejé de recordarme a mí misma que la niña pronto tendría que marcharse, pero mi corazón se negaba a las razones de mi cabeza.

El tribunal no encontraba un hogar adoptivo entre los familiares más próximos de la niña. Pasaron dos meses. Mi hija Cheryl tuvo un niño y yo les visitaba siempre que me era posible, llevando a mi “hija” conmigo.

Era una niña alegre e inteligente, que siempre quería mimos. Cuando se sentía enferma o necesitaba ser reconfortada, hundía su naricita en mi cuello y dejaba que mi aliento calentara su rostro. A menudo, esto la calmaba cuando todo lo demás fallaba. Naturalmente, todos en la familia la queríamos. Por la mañana, los chicos de doce y catorce años la secuestraban de su cuna y la llevaban a la sala de estar para jugar con ella.

Empezó a caminar a los diez meses y su tez morena era tan saludable y radiante como la de cualquier niño. La frotaba cada mañana con loción hasta que su piel se volvía suave como la seda y, a lo largo del día, me encantaba olerla. Mi amor por ella aumentó con el curso de los meses y pronto olvidé que no era mía.

La pequeña tenía diez meses y medio cuando la asistente social me llamó para decirme que habían encontrado parientes suyos en otro Estado. Los padres adoptivos vendrían a buscarla en pocos días. Me quedé estupefacta. Joe y yo habíamos firmado un acuerdo por el que renunciábamos a una adopción y ahora me sentía desesperada. Siempre habíamos sabido que no podía ser nuestra, pero experimentaba la peor agonía de una madre. Estaba a punto de perder a mi hija.

Hice su equipaje perdida en brumas de aturdimiento. La gente me hablaba, pero yo no les oía. Mi mente bullía con preguntas a las que era incapaz de encontrar respuestas. Nunca me hubiese creído capaz de un lazo emocional tan fuerte, de un enamoramiento tan grande. ¿Cómo pude dejar que sucediese? ¿Dónde estaba mi fuerza para desprenderme?

Cuando sus nuevos padres llegaron, la llevé a su coche. Al principio, ella creía que nos íbamos las dos y se me acurrucaba cariñosa, mientras decía “adiós” al resto de la familia. Ellos eran presa del mismo estupor que me invadía. Los padres adoptivos esperaban en el coche y no decían nada. Yo les estaba agradecida por ello. Nadie hubiera podido decir en aquel momento algo que me consolara. Cuando la nueva madre extendió los brazos para coger a mi niña. Mi corazón dio un salto y se me cerró la garganta. Hubiera querido echar a correr con la pequeña, correr sin parar; pero mis piernas no podían moverse. Estaban débiles y temblorosas.

La niña comprendió que la separaban de mí y empezó a gritar. Me rompió el corazón. El coche se alejó y yo me quedé inmóvil. La vista de mi preciosa niña que lloraba con los brazos extendidos hacia mí ardía en mi alma. Rompí a llorar y corrí al interior de la casa; la imagen me abrasaba. Me atormentó durante meses.

Todo en la casa me recordaba a ella: el piano donde le encantaba sentarse y aparentar ser la mamá, el parquecito lleno de juguetes, la cuna con el biberón vacío. Y, sobre todo, la quietud.

Transcurrieron tres meses y yo no podía soportarlo más. Empecé a rezar a Dios para que me la devolviera. Los recuerdos eran demasiado hondos, demasiado recientes,

demasiado inconsolables. Nadie hablaba de ella, pero sabía que toda la familia estaba dolida; todos la necesitábamos. Una noche, cuando mi espíritu ya se había quebrado por la convicción de su regreso imposible, recé por la familia que la tenía. Pedí a nuestro Padre en el Cielo que les bendijera para que pudieran hacerla feliz. Le pedí que le diera Su bendición a ella para que aceptara su nuevo entorno y encontrara paz y felicidad. Recé de todo corazón por aquella familia y por su pequeña niña preciosa. Y, finalmente, sabiendo que todo estaba en manos del Señor, me quedé dormida.

Aquella noche me despertó un mensajero que se posó al lado de mi cama. Comprendí que venía del mundo espiritual. Me dijo que la situación que se había creado con mi niña no era buena, que ella me sería devuelta. Me dijo que recibiría una llamada telefónica y que el interlocutor me diría: “Tengo una noticia buena y una noticia mala”. No fui capaz de dormirme el resto de la noche.

Durante las dos semanas siguientes no quise salir de casa. Cada vez que el teléfono sonaba corría hacia él, esperando que fuera aquella llamada especial. Hablé del mensajero con Dorothy, pero no me sentía capaz de decírselo al resto de la familia, ni siquiera a Joe. Me parecía que ya había puesto bastante a prueba su paciencia. Hasta Dorothy se preguntaba qué me pasaba.

El teléfono sonó una mañana temprano y oí una voz que decía claramente: “Betty, soy Ellen. Tengo una noticia buena y una noticia mala”. Me incorporé de golpe en la cama y grité: “¡Espera! ¡Espera un momento!” Me hallaba medio dormida y creía que se traba de un sueño.

Salí de la cama y me miré al espejo para asegurarme de que estaba despierta, luego agarré el teléfono y dije: “Vale, te escucho”. Mi corazón latía con tanta fuerza que me oprimía los tímpanos. La voz me comunicó que mi niña estaba en un hospital. “No podía adaptarse a su nueva familia – dijo Ellen.-, no paraba de llorar. Tú fuiste su mamá durante diez meses y te busca.”

Ellen me explicó que la niña lloraba y los ánimos de sus padres se crispaban hasta que una noche, borrachos y furiosos, la golpearon y la tiraron por la escalera. Entonces llevaron al bebé al hospital y la abandonaron, y allí había estado, gravemente enferma, durante las últimas dos semanas. No respondía a la terapia y los médicos reconocían que, dado su estado emocional, quizá no se recuperaría nunca. Finalmente, Ellen dijo: “Betty, tú eres nuestra última esperanza. Sé que te pedimos muchos, pero ¿podrías, por favor, hacerte cargo de ella durante una temporada? ¿Al menos hasta que esté mejor?”

Creí que me iba a desmayar, me faltaba aire. “¿Puedo volver a llamarte en seguida?”, pregunté y colgué el teléfono. Eran las siete y media y Joe ya se había ido a trabajar. Corrí a la escalera y llamé a los niños a gritos. Les dije que tenía una noticia maravillosa, pero no fui capaz de contársela. Mi garganta se cerró y las palabras no querían salir de mis labios. Los niños me siguieron al teléfono y escucharon mientras llamaba a Joe e intentaba contarle lo que había pasado. Dijo que volvía a casa en seguida. Su voz era más serena que la mía y aquello me tranquilizó.

Empezaba a sentirme algo reanimada y caí en la cuenta de que no había contestado a Ellen; en medio de mi excitación casi le había colgado el teléfono. Marqué

su número y me invadió el pánico de haberla malinterpretado. ¿Y si aquello era un error? Contestó al teléfono y le pedí que me lo repitiera todo, lo hizo y añadió que iba a coger un avión para ir a la ciudad donde habían abandonado al bebé. Le dije que la acompañaría, pero respondió que no sería apropiado, que esperara en casa. Pero me había dicho dónde estaba la niña y, justo después de colgar, llamé a una agencia de viajes y reservé un billete en el mismo vuelo.

La volví a llamar para decirle que me iba con ella. Vacilante, aceptó que nos encontráramos en el aeropuerto. Una vez en la otra ciudad, un asistente social nos encontraría y nos traería a la pequeña. El vuelo duró demasiado, tan pronto como bajamos del avión corrí a la Terminal y empecé a buscar a mi niña entre la multitud.

Sabiendo que el asistente social era varón, buscaba un hombre con una niña. No lo veía y empecé a perder los nervios. Conocía el aspecto exacto del bebé; ¿por qué no era capaz de localizarla? Entonces les vi en un rincón, pero la niña que tenía en brazos no se parecía en nada a la imagen que recordaba. Sin embargo, sabía que era ella. “¡Es mi niña!”, me oí gritar, corrí hacia ellos y la arranqué de sus brazos.

El bebé se había quedado calvo, excepto unos mechones de pelo aquí y allá. Sus ojos estaban hinchados y tenía un corte y un hematoma sobre la ceja. Me reconoció de inmediato y me abrazó con fuerza con sus brazos y sus pequeñas piernas. “¿Qué le han hecho? ¿Qué le han hecho?”, gritaba yo. El asistente social estaba sorprendido por aquella extraña mujer que lloraba y que le había quitado la niña de los brazos. Ellen se acercó y le explicó que estaba bien, que yo era la madre de la niña.

Joe y nuestros seis hijos nos esperaban en el aeropuerto. Sus ojos se iluminaron, gozosos, y luego se llenaron de lágrimas cuando vieron el pequeño bulto en mis brazos. La niña les reconoció y se dejó abrazar por todos. Pero no se quedaba con ellos mucho rato, tenía necesidad de volver a mis brazos. Se pego contra mí como si su vida dependiera de mi existencia.

Durante los meses siguientes no me perdía de vista. Nos dimos cuenta del daño que habían sufrido sus frágiles sentimientos. No hablaba con nadie, se negaba a andar y su rostro permanecía inexpresivo. Sólo emitía algún sonido cuando yo le dejaba. Entonces lloraba hasta mi regreso. Al final la envolví en una toalla y la sujeté contra mi cuerpo para poder ocuparme un poco de las tareas de casa. Ella y yo nos pasamos varios meses atadas de aquella manera. Puse su cuna al lado de mi cama y me acostaba pronto cada noche, pues ella se negaba a dormir sin mí a su lado. Al principio, su cuna estaba justo al lado de la cama y yo metía la mano entre los barrotes y sostenía la suya hasta que se quedaba dormida. Pasaron los meses y empecé a alejar su cuna un poco más cada noche, hasta que pudo dormir al otro lado de la habitación.

Joe y yo contratamos un abogado para que iniciara un proceso de adopción inmediatamente. También la llevamos a un hospital para constatar los abusos de los que había sido víctima. Descubrimos que, aparte de los cortes y de las contusiones visibles, había sufrido la fractura de un brazo, deshidratación, malnutrición y llagas en el cráneo, donde la había sido arrancados mechones de cabello. Con respecto a su estado mental sólo podíamos hacer conjeturas, pero su desesperado apego a mí y su negación de los

demás mostraba una profunda desconfianza. El médico reconoció que su salud dependía de la estabilidad y la continuidad de la vida familiar que tenía junto a nosotros.

El tribunal revisó el caso y tuvo todas las pruebas en consideración. La decisión no tardó en llegar: era nuestra. Joe quería cambiar su nombre para darle el máspreciado que conocía y, a pesar de mis objeciones, la familia se impuso. No les podía pasar por alto las similitudes de nuestra personalidad y los profundos lazos establecidos entre nosotras, fue legalmente llamada Betty Jean, como yo, su nueva madre.

Antes de cumplir los dos años y medio, la pequeña Betty se había recuperado tanto física como emocionalmente. Volvió a ser la niña más adorable y juguetona de la casa y nos sorprendía de forma constate con su inteligente sentido del humor. Una tarde fue corriendo hacia Joe.

Con una sonrisa traviesa en los labios, se puso en equilibrio sobre la punta de su zapato, levantó la otra pierna hacia atrás y, con un gesto de bailarina, se agachó para hurgar en el bolsillo de los pantalones de Joe. Mi memoria se despertó y me recorrió un escalofrío. La pequeña Betty se rió y yo oí la voz de aquella niña que, años atrás, nos había hecho compañía en una habitación de hospital donde el cielo y la tierra parecían fundirse. Entonces vi y comprendí más cosas. Reapareció la visión de una mujer joven, el recuerdo de un espíritu bello y vivo que, una vez, esperaba venir a la Tierra.

La recordé: era el espíritu joven con el que había establecido lazos en un tiempo anterior, aquel cuya hermosura y energía me cautivó en el mundo de los espíritus. Todo lo relacionado con aquel ángel precioso adquiría sentido y yo tenía ganas de llorar. Se me había permitido contemplarla como niña en lo espiritual. Ahora sabía por qué me habían señalado ante ella como espíritu adulto a punto de venir a la Tierra.

También supe que, aunque no podía ser mía debido a mi histerectomía, ella había hallado otro camino por el que formar parte de mi vida. Ahora sabía por qué me había sentido impulsada a aceptarla como bebé. Éramos las mejores amigas desde siempre, con eternidades de experiencia detrás nuestro y otras eternidades por delante.

Mis hijos han crecido desde aquellos acontecimientos, la mayoría no está ya en casa. Han formado sus propias familias y han emprendido sus propios caminos de progreso. Joe y yo aún tratamos de ayudarles en los momentos difíciles, pero sabemos que no podemos vivir sus vidas por ellos, y tampoco queríamos hacerlo. Comprendemos que son seres celestiales como nosotros, que están aquí para tener su experiencia terrenal. No debemos absorber su dolor y tampoco planificar sus alegrías. Todo lo que podemos hacer es ser una familia. Todo lo que tenemos que hacer es amar.

He tenido más vivencias desde aquel 18 de noviembre de 1973, pero prefiero no exponerlas aquí, han hecho falta diecinueve años e incontables requerimientos para convencerme a narrar mis experiencias en este libro. Todo tiene su momento, este es el momento para el libro.

De vez en cuando me pregunto en qué debe consistir mi misión, pero, por supuesto, no he podido averiguarlo, no he encontrado respuestas. Sencillamente, se me quedó grabado que debo vivir en la luz de Jesucristo y aceptar Su amor en mi vida. Supongo que, de este modo, seré capaz de realizar lo que Él desea de mí.

Debemos amarnos los unos a los otros. Lo sé. Debemos ser buenos y tolerantes y generosos en nuestra ayuda a los demás. Sé que a través del amor encontraremos mayor alegría que por cualquier otra vía. He visto su gloriosa y milagrosa recompensa. Los detalles de mi vivencia sólo son importantes en la medida en que nos ayuden a amar. Todo lo demás es un mero apéndice. Es tan sólo cuestión de asumir el mensaje del Salvador, que con tanta claridad me expresó: **“Sobre todo, amaos los unos a los otros”**.

Seguiré intentándolo.

HE VISTO LA LUZ

El 19 de noviembre de 1973,
como consecuencia de una histerectomía, Betty Eadie
-treinta y un años, madre de siete hijos- falleció.

Ella se sintió flotar; después, atravesó un largo túnel y, al final de éste, la luz: una luz sobrenatural que envolvía su ser, como si estuviera sumergida en medio de un líquido. Betty tuvo la sensación de haber llegado finalmente a su hogar, un hogar en el que la única ley sería el amor, la placidez, la exaltación absoluta de los sentidos y las potencias espirituales. En aquella morada de gloria vivió Betty momentos -indeterminados temporalmente- de la más completa y serena felicidad antes de regresar a su propio cuerpo ya dado clínicamente por muerto, a la frialdad del hospital y al cariño, en otra dimensión, de su familia.

Veinte años después, Betty escribió su relato de aquella experiencia. **He visto la luz** no ha sido sólo desde su publicación un éxito editorial sin precedentes; sobre todo, ha sido aceptado como testimonio válido por especialistas en el tema de la vida después de la muerte, como el doctor Melvin Morse, que no ha dudado en calificarlo de auténtico «manual» de las experiencias de este carácter.

Escrito con sencillez, pletórico de esperanza y alegría, **He visto la luz** es un manifiesto espiritual del que, sin duda, todos los lectores estarán en condiciones de sacar provecho.

ISBN 970-05-0551-0



9 789700 505510